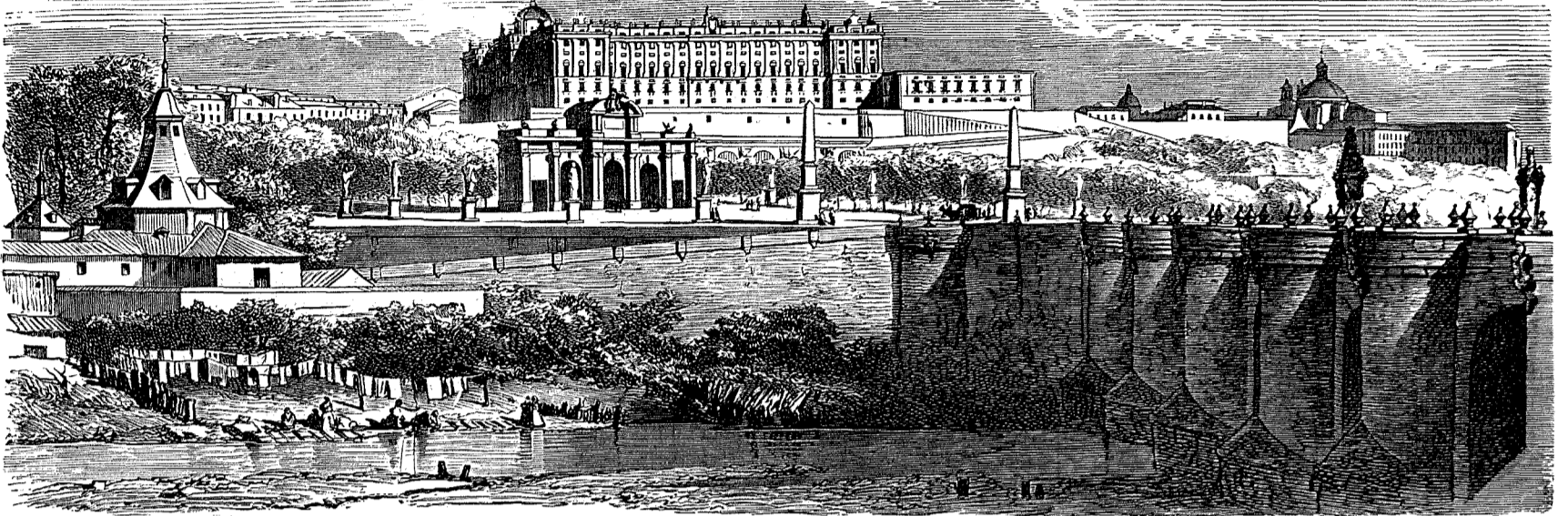


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE ABRIL DE 1872.

NÚM. 36.

SUMARIO.

TEXTO. — Ecos, por *D. Isidoro Fernández Florez*. — Crónica de la quincena, por *don B. Perez Galdós*. — Antigüedades de la provincia de Zamora. Iglesia parroquial de San Pedro de la Nave, por *D. Tomás M. Garnacho*. — ¡Qué pintará? Memorias de un artista (continuación), por *D. Isidoro Fernández Florez*. — Cervantes y la noche de difuntos (continuación) poesía, por *D. Gaspar Bono Serrano*. — Apuntes bibliográficos, por *D. José F. Bremon*. — Don Manuel María de Santa Ana, por *R.* — Costumbres castellanas, por *D. Ricardo Villanueva*. — El huésped, cuento fantástico, por *D. Carlos Coello*. — Descripción del figurin de modas, por *D. E. G. de A.* — Modas, por *doña María del Pilar Sinués de Marco*.

GRABADOS. — Don Manuel María de Santa Ana, dibujo de *don A. Perea*. — Coro de la iglesia de Santo Tomás después del incendio (Madrid), dibujo de *D. Alejandro Ferrant*. — Altar mayor de la iglesia de Santo Tomás después del incendio, dibujo de *D. Luis Taverner*. — Costumbres castellanas. Baile en Santa María de Nieva (Segovia), dibujo de *D. A. García Mencia*. — Costumbres religiosas de Madrid. El Dios grande. Comunión á los enfermos, dibujo de *D. Alejandro Ferrant*. — Puerta del Obispo en la catedral de Zamora, fotografía de *Laurent*. — Tipos de Alcoy, dibujo de *D. F. Laporta*. — Figurin de modas, dibujo de *D. Daniel P.*

ECOS.

Yo debería empezar esta revista con una oración fúnebre. La paz ha muerto asesinada por la guerra civil. Pero sé bien que mis lamentaciones serían inútiles, y que estas disidencias entre hermanos se re-



DON MANUEL MARÍA DE SANTA ANA.

suelven con el plomo y el hierro. Primero es el hacerse pedazos; luego, cuando el que menos destrozaado quede recoja la palma del combate, vendrán las reflexiones filosóficas.

Entre tanto, quiero coger del jardín botánico de nuestras luchas civiles, la planta que *Figaro* llamaba *nueva* cuando la describía; y toda vez que esa planta nos ofrece hoy nuevos frutos, quiero también regalarlos la descripción que de ella ha hecho el inmortal satírico.

El recuerdo y el estudio de esta planta son doblemente oportunos: estamos en primavera, estación de las flores... y de los carlistas.

«El faccioso es fruto que se cria sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos: que se trasplanta con facilidad, y que es tanto más robusta y rozagante cuanto más lejos está de la población: esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos en los balcones, y aún sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos; el hecho es, que en todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho á la cria del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan; el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por

ejemplo, como la sensitiva al irle á echar mano; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye, como la ingrata yedra, el árbol á que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene como esos frutos, de lo que coge á los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelea en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cria, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.»

Hé aquí el retrato del faccioso de 1834, hecho por Figaro.

Preparen Vds. el lienzo y los colores para retratar al carlista de 1872.

El Alcalde popular ha publicado un bando reglamentando la venta del petróleo. Todo depósito de este líquido no podrá exceder de treinta litros: se prohíbe la venta durante la noche: se toman, en fin, otras varias disposiciones para que este líquido no arda divorciado de la torcida y fuera de los quinqués.

Estas disposiciones obedecen sin duda al celo que anima al Sr. Alcalde en el cumplimiento de su honroso cargo; pero el público, que en la más inocente lamparilla ve ya el espectro de la demagogia, ha dado á ese bando una interpretación horrible, fatídica.

Las revoluciones tienen sus modas. La del 93 en Francia tuvo la de la guillotina: la de la Commune ha inventado la del petróleo. En la primera se decapitaba al inquilino y se respetaba al casero. En la segunda el casero paga las culpas de sus inquilinos.

En lo sucesivo todo propietario de fincas rústicas ó urbanas, ántes de alquilar su casa á cualquier individuo, tendrá que exigirle una declaración de fé política expresiva de que no tiene leudadura alguna de oscurantista ni reaccionario, y remitirá esta patente á la *Internacional*, para que en vista de ella le asegure la finca del petróleo. El portero de una casa será el agente de policía de la misma, y el barómetro que indique al propietario el cambio ó las modificaciones que sufran las opiniones de los inquilinos. Toda vez que el editor responsable de éstos es el casero, debe tener derecho á que éstos piensen como á él le dé la gana.

Hay que convenir en que las acciones no son malas ni buenas en sí, y que deben juzgarse por los sentimientos que las inspiran. ¿Quién se atreverá á comparar con Judit, ni con Carlota Corday, á la Bernaola? ¿Quién tampoco comparará con Erostrato, que incendió el templo de Diana por inmortalizar su nombre, al petrolista que prende fuego á la casa que vive porque le debe seis meses al propietario?

Comprendo ciertas organizaciones. No me asombra que Neron entregue Roma á las llamas. Neron, él lo dijo al morir, era un gran artista: uno de esos hombres superiores que desprecian á la humanidad porque tiene la conciencia de que la humanidad es despreciable: uno de esos emperadores que azotan á sus pueblos para hacerles expiar el crimen de haberles coronado: uno de esos monstruos de feroz egoísmo, llenos de hastío y de deseos imposibles que han roto la ley de las preocupaciones sociales, y que sólo gozan con lo extraordinario, en la salvaje independencia de un corazón nunca dominado ni satisfecho: apenas sube al trono envenena á su madre; hace asesinar á su esposa; condena á muerte á Lucano su amigo; á Séneca su maestro; á Corbulon su general más ilustre; sabe en fin, despreciar la vida de los demás tanto como desprecia la suya propia. ¿Qué extraño es que Neron, engrandecido á sus propios ojos por la pequeñez de sus súbditos, una noche en que siente más frío en el alma que nunca, quiera calentarse en el brasero de Roma? Sí, Neron, en este momento, aparece más grande á mis ojos que aquel pueblo miserable que lanzaba entre las llamas inútiles gemidos. Por otra parte Roma era su palacio: los romanos eran exclavos suyos: quemaba su casa y no la ajena.

Pero los nietos de aquel gran petrolista, los internacionalistas del siglo XIX, no son emperadores, ni tienen fincas siquiera: son obreros, ellos lo dicen: son los albañiles que han hecho las casas; los papelistas que han cubierto de flores pintadas sus paredes; los carpinteros que han hecho sus puertas y ventanas; los ebanistas que han construido los muebles que las adornan; los artífices

que han forjado las mil preciosidades de que están llenas: los trabajadores, en fin, que edificándolas, adornándolas y embelleciéndolas, han ganado el sustento. Estos son los que invocando una idea política untan esas casas de petróleo, y le arrojan en inflamados chorros sobre la obra de sus manos; estos son los que en nombre de la fraternidad universal reducen á cenizas el bien y la felicidad de sus hermanos... Pero, veamos, acaso algún sentimiento grande los anime en tan bárbara como luminosa tarea... ¡Ah! ¡Sí! El sentimiento de la modestia y del buen gusto: se avergüenzan acaso de sus obras, y como aquel escultor que al presentarle una estatua cuya la rompió indignado, las destruyen para que no les desacrediten en la posteridad.

Penélopes de la edad moderna, ellos hacen las casas, ellos las queman y vuelven á construirlas y á incendiarlas. Parécense á aquel industrioso cirujano de Valladolid que tenía una tienda con puertas á dos calles, y salía por la una á herir al transeunte que pasaba, y le recibía por la otra cuando llevaban al herido para que le curase: con lo que nunca le faltaba parroquia.

Adoptado este sistema, es de suponer—y esto consuela—que á los internacionalistas no ha de faltarles nunca trabajo.

Desde que el petróleo goza reputación de ser el líquido más apropiado para quitar las manchas del despotismo y de la tiranía, urge una gran reforma en los edificios y en el hogar doméstico: las casas deben construirse todas de piedra, y el mueblaje debe ser de hierro: las ropas y papeles de amianto.

De este modo las orgías petrolísticas tomarán el carácter de un simple fenómeno atmosférico, y serán tan inofensivas como las auroras boreales.

Es necesario que dejemos de mentir cuando digamos, «estoy sobre áscuas»: es preciso que podamos sentarnos impunemente en un sillón enrojecido por el incendio, que nos podamos acostar en la chimenea, y que tomemos baños de gas mille inflamado para conservar nuestra incombustibilidad salvadora!

¡La civilización es una mariposa que vuela hácia una luz de pura llama, que á lo lejos descubre, con las alas untadas de petróleo.

Los periódicos de provincias recibidos en Madrid hasta el momento en que escribo estas líneas, dan cuenta de las fiestas que en algunas de ellas se han realizado con motivo del aniversario de la muerte de Cervantes.

En Barcelona, según veo en el *Diario* de esta capital, se ha anticipado un mes la publicación del número 5.º del *Boletín de la reproducción foto-tipográfica de la primera edición de Don Quijote de la Mancha*, que publica el Sr. Lopez Fabra. Este *Boletín* contiene un estudio curiosísimo de las ediciones de *Don Quijote* de cuya impresión se tiene conocimiento.

De un estado que acompaña al *Boletín* resulta que se hicieron de esta obra en España y en el extranjero:

En el siglo XVII, 46 ediciones.

En el siglo XVIII, 75.

En el siglo actual, 113.

Dando un total hasta el día de 234 ediciones.

El menor número corresponde á España como indica el Sr. Lopez Fabra, pues sólo se han hecho en nuestra patria 83 ediciones, mientras que en el extranjero se han impreso en castellano y en diversos idiomas 152.

En Madrid se han hecho, 54.

En Barcelona, 20.

En Valencia, 2.

En Zaragoza, 2.

En Sevilla, 2.

En Tarragona, 1.

En Argamasilla, 2.

La progresión de 46, 75 y 113 de las ediciones que se han producido en los tres siglos, indica la creciente aceptación que tiene aquella obra incomparable.

Según dice el mismo *Diario de Barcelona*, el editor de la edición foto-tipográfica se propone dar por complemento la reproducción en 100 idiomas ó dialectos del capítulo 42 del *Don Quijote*, ó sea los consejos para el alma que dió el hidalgo manchego á Sancho ántes que fuese á gobernar la ínsula.

Cádiz también ha solemnizado tan glorioso aniversario celebrando honras fúnebres por el eterno descanso del ilustre escritor; la Academia de Bellas Artes Sevillana, que no podía faltar en esta ocasión á sus ilustres tradiciones, ha celebrado igualmente una fiesta literaria, y la redacción del diario la *Andalucía* que en aquella ciudad se publica, se propone hacer una publicación especial que contenga todo el movimiento lite-

rio á que ha dado lugar dentro de España el aniversario de nuestro inmortal ingenio.

También en Valencia y en otras varias capitales se ha honrado la memoria de Cervantes, y tengo singular placer en hacer particular mención del modo con que lo ha solemnizado el *Ateneo Tarraconense de la clase obrera*, el cual ha publicado un número de 12 de páginas que contiene notables artículos dedicados al *Quijote*, y á su autor; número en que advierto como circunstancias excepcionales, y entre otras, que los artículos aparecen firmados únicamente con iniciales, y que no contiene versos.

De una visita á la casa donde vivió Cervantes en Valladolid, ha nacido en alguno de los hijos ilustrados de esta ciudad la idea de fundar en dicho local un centro literario que sea al propio tiempo eco de los progresos artísticos de los vallisoletanos, y gimnasio donde prueben sus fuerzas intelectuales.

Una magnífica hoja más que añadir al álbum de monumentos arquitectónicos de España que ofrecen las páginas de LA ILUSTRACION DE MADRID, es el grabado que representa *La puerta del Obispo* en la catedral de Zamora; portada notable por su severidad y grandeza.

Otro grabado de que no se hace especial mención, es el que representa varios *Campesinos de Alcoy*: tipos que conviene fijar por medio del lápiz ántes que el tiempo, que todo lo altera y modifica, los haga perder su originalidad y carácter.

El pueblo, en su lenguaje pintoresco, ha dado el nombre de *Dios grande* á la comunión que en esta época del año sale procesionalmente de las iglesias de Madrid, y que se administra á los enfermos. Esta solemnidad es una de las que más caracterizan las costumbres religiosas de la corte. Las calles barridas y enarenadas: los balcones adornados con ricos tapices y vistosas colgaduras y rebosando de hermosas mujeres elegantemente vestidas: el vá y vén incesante de la multitud que se aprieta y se empuja, que grita y se queja hasta que se abre en dos filas, doblando la rodilla y descubriéndose; el son acompasado de la banda militar que sigue la magnífica carroza cubierta de ramos y flores, templo ambulante donde va el sacerdote, arrastrado por briosos caballos empenachados; el sol, en fin, hiriendo con sus reflejos los bordados de oro y plata de los uniformes, las cintas, lazos y joyas de las damas, corriendo como una sierpe de fuego por los ondulantes flecos del pálio, brillando como una lluvia de estrellas en las bayonetas, en las espadas desnudas, en las cruces y remates de las mangas y estandartes, y prestando luz, color, y vida á todo, forman un cuadro digno del artista, y un poema digno del poeta.

Y como nota aguda, pero feliz, del cuadro, y como ripio inevitable del poema, los chicos—y áun los grandes—caen revueltos por coger las volanderas aluluyas.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

La órden de retraimiento expedida por el duque de Madrid, y la aparición de partidas carlistas que ha sido inmediata consecuencia de aquel acuerdo, ocupan hoy por completo la atención pública. Como LA ILUSTRACION DE MADRID no es periódico político, nos abstemos de comentar sucesos que sería difícil aislar de la política general, aunque para condenar la sublevación carlista unamos nuestra voz á la de toda la prensa.

En Madrid, apesar de que, discurriendo cuerdamente, es seguro que no se alterará el órden, ha habido bastante alarma en los pasados días. Y no hay nadie, por despreocupado que sea, que no participe de la general zozobra: hemos visto cumplidas desgraciadamente tantas profecías de esta clase, que rara noche nos acostamos completamente tranquilos respecto á las impresiones que hayamos de recibir en la mañana siguiente.

En esa hora de la mañana en que el cuerpo, abrumado por profundo sueño, cierra estúpidamente los ojos á la luz que se cuela por las rendijas, trayendo hasta el mismo lecho todos los esplendores y alegrías del día; cuando el oído parece luchar con los rumores de la calle, queriendo rodearse de un silencio imposible; en esa hora en que dormimos y velamos, afanándonos con angustiosa tenacidad en prolongar la noche más allá de

su límite, somos víctimas de una ofuscación pasajera, si como es probable, nos acostamos pensando en motines y sublevaciones. En aquel estado nebuloso de nuestro entendimiento, que como un cielo sin sol amanece lleno de sombras tristes y de turbias claridades, todo se nos representa conforme á los disparates que soñamos poco ántes ó á las ideas que, sorprendidas por el letargo, parece que se quedan dormidas también en nuestro cerebro, y que también despiertan desfiguradas y torpes por la mañana. Una criada apalea una alfombra, y en cada golpe creemos sentir el zumbido de los cañones. Pasan los carros que la municipalidad emplea en menesteres relativos á la limpieza pública, y nos figuramos escuchar el estruendo de las cureñas. Un pregon en la boca de un ropavejero, nos parece la proclama que convoca al barrio insurrecto. La algarabía de las criadas que vuelven de la compra, se nos convierte en el rumor clásico del pueblo irritado, y hasta las burras de leche que discurren encerreado con lúgubre música, se nos antojan escuadrones de caballería ligera; que en el trastorno de nuestra imaginación no nos parece del todo absurdo que los carlistas hayan asociado aquel paciente animal á sus hazañas.

Pero despertamos y ¡oh desvanecimiento de todas las pesadillas! en Madrid no ha ocurrido nada de particular, y continúa lo mismo que todos los días, con su hermoso cielo, su sol deslumbrador y su vagabundo genio, que discurre por calles y paseos en busca de gratas impresiones. Los árboles reverdecen con trabajo; los pájaros vuelan cantando, sin que les espante la metralla, y la política de todos los partidos sigue charlando muy alto, aunque pacíficamente, en los periódicos y en los círculos; pero nada dice por boca de los cañones.

**

Tal vez sea de gran oportunidad mencionar á propósito de las aspiraciones y lenguaje de ciertos partidos, la censura dulce en la forma pero enérgica en el fondo que Su Santidad dirigió en su elocuentísima y tierna alocución de 12 de abril, á la prensa ultramontana de la nación vecina, no nombrada, pero sí claramente aludida en aquel discurso. Este suceso nos lleva necesariamente á hablar un poco de lo ocurrido en el extranjero, aunque, á decir verdad, ningún acontecimiento importante ha tenido lugar en el mundo, y si algo ocurriera no tendría gravedad suficiente para distraernos de nuestros asuntos. No creemos que el mundo dé extraordinaria importancia á las recepciones de Mr. Thiers en el palacio del Eliseo, asegurando que es un principio de reconciliación con la ciudad de París, descapitalizada en castigo de sus debilidades comunistas; pero el presidente de la república no necesita establecer un simulacro de corte en *sa bonne ville* para que esta viva contenta y feliz, sin apesadumbrarse mucho recordando los horrores que han pasado en su recinto desde el 4 de setiembre de 1870. Los parisienses no se dedican á darse golpes de pecho, ni tampoco tendrán gran apuro porque algunos señores diplomáticos y los padres graves del orleanismo y de la república moderada coman gravemente en el palacio del Eliseo. París siempre será París, y tiene en su inmensa y regocijada población elementos bastantes para pasarlo bien, aunque continúe por algún tiempo sin corte. Pero Thiers cree que *París vale un rigodon*, y abriendo á la diplomacia y á las eminencias políticas los salones de la antigua Presidencia, aspira á congraciarse la interinidad juiciosa del régimen actual con las aspiraciones de la gran ciudad.

Pero es extraordinario el partido que sacan de estos sucesos las empresas telegráficas que viven de transmitir emociones á todo el mundo, y los corresponsales de la prensa en los diversos países de Europa y América. La observación quizá indiscreta de algún concurrente que se aburre en aquella sala, sorprende al ilustre anciano en conversación con éste ó con el otro diplomático. Al punto surgen las conjeturas y las profecías. ¿Habló con el conde de Arnim? Pues tenemos una próxima evacuación del territorio francés. ¿Cuchicheó con lord Lyons? Pues es seguro que Inglaterra va á tomar parte más activa en los negocios europeos. ¿Dijo dos palabras al caballero Nigra? Pues no hay remedio sino que se trata de una reconciliación con Italia. ¿Se sentó en un rincón en compañía con el embajador ruso? Pues cátese que algo va á pasar en el mar Negro. Cuestión de Oriente tenemos. Y así se entretiene la curiosidad pública, á falta de noticias de interés real.

**

En el presente número verán nuestros lectores dos grabados que representan el primero el altar mayor de la que fué iglesia de Santo Tomás, después del incendio. Este dibujo se debe al artista Sr. Taverner, que

hoy por primera vez honra las planas de LA ILUSTRACION, y el segundo, del Sr. Ferranz, el coro del mismo templo después de aquel triste suceso.

No es tiempo ya de hablar de aquel horroroso incendio que puso fin en unas cuantas horas al templo más grande y más bello que tenía Madrid. Toda la población presenció con espanto tan gran desastre, no ciertamente el primero en aquel sitio, pues en el siglo pasado se desplomó durante una ceremonia religiosa la cúpula del mismo edificio, dando muerte á cien personas.

En el incendio, por fortuna, no pereció nadie, nadie más que el edificio con sus magníficos retablos, sus cuadros, sus frescos y sus esculturas, entre los cuales había algunas de mérito. Situado en uno de los parajes más altos de la población, las llamas, apoderadas con rabiosa voracidad del viejo maderamen de la cúpula y techo, iluminaban con horrendo reflejo la ciudad entera, de tal modo, que observado el espectáculo desde lejos, parecía que la *Comunne* había establecido en Madrid su salvaje imperio. Desde ciertos puntos se podía contemplar perfectamente el fuego en toda su horrible grandeza, y por más de una hora fué objeto de las miradas de miles de personas, ansiosas y contristadas, la linterna que despedía bocanadas de fuego como el cráter de un volcán, y la cruz de hierro que clavada en lo alto aparecía en medio de las llamas como materia incombustible que había de sobrevivir al desastre. Pero la cruz osciló al fin desprendiéndose de su asiento, y tras ella cayó la cúpula con horroroso estruendo. Después de esto la iglesia de Santo Tomás no fué más que un montón de áscuas y de leños humeantes.

No ha tardado en plantearse el problema de la reedificación, y á juzgar por la diligencia con que algunas personas lo han tomado, es probable que Santo Tomás vuelva á existir, teniendo de nuevo la preeminencia entre las iglesias de Madrid.

**

Se ha nombrado al fin la comisión para la Exposición universal de Viena; pero algo tarde, en verdad, pues cuando nuestra *Gaceta* ha designado las personas que han de componer dicha comisión, ya las extranjeras estaban hartas de funcionar, preparando los trabajos necesarios para que sus respectivos países estuvieran bien representados en tan notable certamen. La comisión de España nos parece demasiado grande, y Dios quiera que esta complicadísima máquina creada por el periódico oficial, se mueva con desembarazo y celeridad. Por Dios, señores de la comisión, que para llevar al palacio del Prater una segunda *calle de Postas*, como lo que vuestros antecesores llevaron al Campo de Marte, no valía la pena de que fueran reunidos y molestados tantos hombres ilustres, arrancándolos á sus quehaceres. Sin aspirar á hacer un papel superior á sus fuerzas, España puede tener representación digna en Viena con su industria y con sus artes. Sensible será que así no pase, y más sensible el considerar que este segundo, tercero ó cuarto error (la cifra es larga) no consistirá en falta de inteligencia por parte de los comisionados, sino en sobra de abandono.

**

Algo ha dado que hablar últimamente el solemne desaire que ha recibido de los escritores españoles cierto periódico que se publica en París con el título de *El Americano*, y que, consagrado á defender la teoría de Monroë, la aplica á nuestra isla de Cuba, levantando la bandera del filibusterismo al amparo del nombre de una multitud de ilustres y muy leales compatriotas nuestros. *El Americano*, que aspiraba á tener por colaborador al mundo entero, ideó para conseguir este fin un sistema muy fácil y cómodo, que recomendamos á las empresas de periódicos, si tienen arrojado para plantearlo. Consiste el sistema en tomarse el trabajo de redactar una larga lista de escritores de todos los países é insertarla luego en la primera ó cuarta plana de la publicación, con lo cual dicho se está que ésta podrá carecer de buenos artículos, pero nunca de excelentes padrinos. Todos los sistemas ventajosos tienen su inconveniente; y este que inventó el Sr. Varela tiene el de que á lo mejor salen protestando los apócrifos colaboradores, como ha sucedido con los españoles, que eran los más, y (permitásenos la jactancia), los mejores. Blasco, Ayala, Escosura, Breton de los Herreros, Nombela y otros escritores distinguidos han protestado contra la usurpación de sus nombres por *El Americano*, explicando algunos de ellos su consentimiento en la colaboración de este periódico, por ignorar que se propusiese ser órgano del filibusterismo.

B. PEREZ GALDÓS.

ANTIGÜEDADES DE LA PROVINCIA DE ZAMORA.

IGLESIA PARROQUIAL DE SAN PEDRO DE LA NAVE.

I.

En una de las escursiones que hice en el año 1858 por varias comarcas de la provincia de Zamora, dió la casualidad y tuve la fortuna de internarme y recorrer las escarpadas márgenes del Esla, desde las ruinas del antiguo castillo de Castrotorafe, hasta la estrecha garganta de la imponente roca en que se introduce el río por bajo del famoso puente de Ricobayo.

Ningun vestigio ví de fábricas antiguas en los términos de Perilla de Castro y San Pedro de las Cuevas, ni en los de San Vicente y Manzanal del Barco; pero en cambio pude admirar esta parte del torrentoso Esla, que naciendo en las montañas de Tarna en la provincia de Leon y engrosado en su curso de 30 leguas con las aguas del Orbigo, del Tera y el Aliste, sin contar otros afluentes de ménos importancia, rompe impetuoso los estribos de las sierras que se oponen á su paso por tajos inaccesibles, hasta precipitarse en el Duero más abajo de Almaráz. Sin embargo, allí, donde ya no esperaba encontrar rastros de antiguas construcciones, ni restos arqueológicos de viejos edificios, frente á la confluencia del Aliste con el Esla, en un valle cerrado por altas y fragosas colinas que por ambos lados estrechan su cauce, ántes y después de este corto remanso, tuve la suerte de hospedarme, para reparar la fatiga del viaje, en uno al parecer caserío, que lleva por título el que sirve de epígrafe á estos apuntes.

Era la ignorada *villa* de San Pedro de la Nave, que no es menor su categoría municipal apesar de que sólo tiene siete casas con una población de 32 habitantes, pero con jurisdicción tan vasta, que se extiende á los lugares de Almendra, Valdeperdices, La Pubblica, El Campillo, Villafior y Villanueva de los Corchos, con los que forma el distrito municipal de su nombre.

Es de advertir que de estas aldeas sólo las dos primeras tienen iglesia parroquial y que por carecer de ella las otras cuatro y estar situadas en la margen derecha del Esla, se ven sus respectivos vecinos en la necesidad de acudir á oír misa á la de San Pedro de la Nave, y el cura obligado á pasar y repasar el río para administrar los sacramentos á los enfermos en una mala barca, que cual la de Caronte, tiene que conducir también los muertos al único cementerio de la feligresía.

Mas dejando estos detalles, voy á ceñirme al objeto principal que me he propuesto. La iglesia de esta pobre villa, que tantos años ha permanecido ignorada del mundo artístico, ha tenido el privilegio, no há mucho tiempo, de ser visitada por profesores y alumnos de la escuela especial de Arquitectura, gracias á lo que con razón y casi con orgullo pudiera llamar mi hallazgo, y á las noticias que dí de él oportunamente al ilustrísimo é ilustrado Sr. D. Pedro de Madrazo, miembro de las reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Ignoró el informe que supongo daría la escuela de Arquitectura acerca de este edificio. Sin embargo, aunque profano al arte y aun á riesgo de cometer más de un error, llevado de mi afición y con objeto de coadyuvar á la mayor publicidad de tan interesante asunto, voy á emitir mi opinión sobre éste para mí valioso monumento.

El templo de San Pedro de la Nave es de forma vulgar en su exterior. Sus muros de mampostería, cuya construcción pertenece á diferentes épocas, están llenos de remiendos, á escepción del que corresponde al ábside, que es de sillaría seca sin género alguno de argamasa y parece el más antiguo, presentando en general un aspecto pobre y ruinoso, como para ocultar á las miradas del observador la maravilla artística que se encierra en tan breve espacio.

Mas al penetrar en su interior, desde el umbral de la puerta, mejor dicho, queda el ánimo suspendido al contemplar, donde ménos pudiera sospecharse, una de las joyas arqueológicas del arte cristiano, acaso la más notable por su estructura y antigüedad de cuantas existen en la provincia de Zamora.

Quisiera tener los conocimientos necesarios en arquitectura y poseer el idioma de las artes, para describir con exactitud hasta los menores detalles de tan peregrino santuario; pero por mi insuficiencia habré de contentarme con enunciar á grandes rasgos los que más le caracterizan, discurriendo también acerca de la época á que en mi concepto pertenece.

La iglesia de San Pedro de la Nave tiene la traza de un cuadrilongo no muy prolongado ni de grandes dimensiones, y sus tres naves se ven sostenidas por hermosas columnas de jaspe de una pieza, adornadas de

bajorelieves de tosca escultura en los capiteles que representan pasajes de la Sagrada Escritura, como el sacrificio de Abraham, el lago de los Leones y otros análogos, que no pude descifrar por estar recientemente *en-calados*. Operacion bárbara que viene repitiéndose por la piedad de los fieles y la incuria de los párrocos por espacio tal vez de muchos siglos, desfigurando así los adornos y hasta la fisonomía de tan precioso templo.

Su forma es la de la antigua basílica, con un solo altar en el extremo oriental de la nave del centro, que hasta la distancia del arco toral está separada de las laterales por muros de alto á bajo y sin más comunica-

No cabe duda en mi concepto de que el templo de San Pedro de la Nave, reuniendo como reúne la mayor parte de los rasgos y caracteres que tanta analogía tienen con las basílicas asturianas, pertenece por su arquitectura al estilo llamado latino y corresponde por su antigüedad á los primeros años del siglo X, de cuya demostracion voy á ocuparme hasta donde me lo permitan mis escasas fuerzas.

II.

No hay templo, castillo ni palacio, atalaya ó torreón antiguo, hállese en pie ó destruido por la accion incele-

glesia de San Pedro de la Nave, para hospital de peregrinos; y para esta creencia se aduce como razon la forma misma del templo, fundándose en que los arquillos sostenidos por las columnitas que dan vista á la central desde las naves laterales, tenían por objeto que los enfermos, desde sus estancias ó desde sus mismos lechos, pudieran ver al sacerdote y asistir á los oficios divinos que se celebraban en el altar.

Si de aquí apelamos á la historia, hallaremos que el rey D. Alonso el Católico, despues de sus victorias contra los moros, vuelto el pensamiento á las artes de la paz, se ocupaba por los años 888 y siguientes en edificar



CORO DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÁS DESPUES DEL INCENDIO.—(MADRID.)

cion con ellas que la que á un metro del pavimento le da una especie de balastrada, mejor dicho, de airosos agimeces sostenidos por graciosas columnitas.

Los arcos, que apoyados en las de jaspe separan las naves laterales de la central, son de mediopunto; pero desviados un tanto en el arranque de su forma semicircular, presentan algun parecido á los llamados reentrantes ó de herradura, lo que les da un tinte árabe que comunican á la perspectiva interior del edificio.

Al extremo opuesto del altar se halla el subterráneo donde existieron los cuerpos de San Julian y Santa Basílica, confesores, á quienes la tradicion reconoce como fundadores de esta iglesia, cuyo enterramiento se vé cerrado por una losa sin adorno ni inscripcion alguna.

En una palabra: si la nave principal y dos más reducidas parecidas á aquella; si el altar único y la cripta en que se encierran los cuerpos ó reliquias de los santos; si la nave del centro separada de las laterales por arcos de medio punto, la pequeñez del templo, las luces escasas y elevadas forman los caracteres más esenciales de las basílicas, estos mismos, como en los templos del siglo IX escondidos en las montañas de Asturias, aparecen y se distinguen tambien en esta iglesia, oculta en las sinuosidades del Esla.

mente del tiempo, que á falta de una historia no tenga su tradicion ó su leyenda. De aquí la dificultad del investigador que, ó tiene que apoyarse en datos inseguros, ó tomando de ellos lo más verosímil concluye para aproximarse á la verdad por pedir auxilio á la induccion y á la lógica en general.

En éste caso se halla la iglesia de San Pedro de la Nave. Sin embargo, como las piedras tambien hablan y la historia no es siempre tan ingrata que deje de suministrar algun dato por oscuro que parezca, esta y aquellas con la tradicion me ayudaron á indagar el origen de tan extraordinario monumento, que aunque corresponde como llevo dicho al estilo latino, ostenta tambien toques del árabe en los arcos que separan las tres naves y detalles románicos en los capiteles de las columnas que los sostienen, así como en las columnitas de los visillos laterales; circunstancias que por sí solas demuestran su antigüedad y le hacen digno de la admiracion y estudio de las personas entendidas.

Segun la tradicion, que como para perpetuarse más se conserva en una nota manuscrita á mediados del siglo último en un libro de cofradía de aquella parroquia, por un monge Benito que ejercía la cura de almas, los santos Julian y Basílica mandaron edificar el año 900 la

iglesias en nombre de los santos, pueblos y castillos para comodidad y seguridad de sus vasallos, debiendo su reparacion el famoso monasterio de Sahagun á la liberalidad de ese monarca, y Zamora la construccion de unos baños y un hermoso templo y la reedificacion de sus murallas.

Todos los historiadores están contestes en que este gran rey, cuya piedad igualaba á su valor, despues de haber arrojado á los mahometanos al otro lado del Duero, repobló muchos lugares asolados, restauró los templos destruidos y edificó muchos de cimientos para dar culto y gracias por sus victorias al Dios de las batallas; y nada tendria de extraño que á este piadoso monarca debiera su fundacion la iglesia de San Pedro de la Nave, estando como está tan próxima á Zamora, ciudad de su predileccion, tanto por su excelente clima y la feracidad de sus campos, como por su posicion topográfica, que la hacia como la llave fronteriza del país reconquistado.

Pero el dato más precioso, el que confirma, digámoslo así, la época de la fundacion de este templo, es el que se desprende de una antigua crónica en la que se expresa que el rey D. Alonso III anexionó la hacienda de Valdeperdices al monasterio de San Pedro de la Nave,



ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE SANTO TOMAS DESPUES DEL INCENDIO.

dependiente del de Sahagun, era 910 ó sea el año 902, lo que prueba hasta la evidencia que por aquel tiempo ya existía el edificio.

La historia, como se ve, concuerda con la tradición en cuanto á la época de la fundación de este templo; ámbas se refieren á un mismo reinado, y sólo están discordes respecto al objeto de su construcción, pues mientras aquella le llama *Monasterio*, ésta dice que fué *Hospital de peregrinos*.

¿Y no podría suceder que ámbas tuvieran razón? ¿No pueden armonizarse también en este punto secundario la tradición y la historia? Nada más fácil. Léjos de estar reñidas, creo que entre ellas no hay discordancia importante y que con distintas palabras, vienen á significar una misma idea.

Ignoro la época en que florecieron san Julian y santa Basilisa, pero se sabe que en el siglo x se dedicó en Olmedo una iglesia á estos santos confesores, que no deben confundirse con otros del mismo nombre que fueron mártires, y á quienes en el siglo vi se daba ya culto en el monasterio de Samos en Galicia.

Pues bien; si en Olmedo se dedicó una iglesia á aquellos santos, ¿no pudo edificarse antes en San Pedro de la Nave otra más suntuosa para su enterramiento, y que para mayor culto de sus reliquias se hiciera donación de ella con hacienda suficiente á los monjes de San Benito? ¿Y no es posible también que los monjes de esta pequeña abadía, situada en lugar tan agreste, retirado y escabroso, por donde se cruza el Esla en una barca, diesen hospitalidad y albergue á los peregrinos que por aquella ruta se dirigían á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, cuya iglesia reedificó también en Compostela aquel rey piadoso y guerrero?

En fin, sea de esto lo que quiera, hospital ó monasterio, lo que está fuera de duda es que el templo de San Pedro de la Nave pertenece á las construcciones cristianas del siglo ix ó principios del x. Su estructura, su forma, sus arcos, sus tres naves y subterráneo para los cuerpos santos, ¿no están revelando la basílica latina de origen régio por lo suntuoso de sus columnas y la riqueza de sus jaspes?

Se dirá que en él se advierten toques del estilo árabe y detalles del románico. Pero esta objeción no destruye mi aserto, pues según los inteligentes, entre las iglesias de los siglos ix y x, las hay todavía con rasgos marcados, en unas del primero y en otras del romano-bizantino.

La tradición, pues, la historia y la arqueología puestas felizmente de acuerdo en este asunto, demuestran, en mi opinión, que la iglesia de San Pedro de la Nave, fundada ó no por los santos Julian y Basilisa, cuyas reliquias se trasladaron hace algún tiempo de su modesto enterramiento á sitio más preferente en la capilla mayor, es una verdadera basílica edificada en los primeros tiempos de la reconquista, tal vez por los alarifes mozárabes de Toledo, llamados al reino de Leon por D. Alonso el Magno.

TOMÁS M. GARNACHO.

¿QUÉ PINTARÁ?

MEMORIAS DE UN ARTISTA

POR D. ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

(Continuación.)

CAPÍTULO II.

El autor, no encontrando á Montiano en el estudio, apostrofa á *Michin* y refiere parte de la historia de este interesante animalito.

¡Nadie, no hay nadie!... Son las diez de la mañana. Aún no se habrá levantado Montiano... Pero sí, alguien hay que por honrarme llega hasta mí arqueando el cuerpo, que alarga las manos, y haciendo presa en el cuero de mis botas, deja en cada una de ellas cinco líneas finas, paralelas y largas como las de un pentágono.

Es *Michin*, el benévolo *Michin*, conocido en todos los tejados y bohordillas del barrio; amado, sin esperanza, por todas las Zapaquillas de la vecindad; celoso visitador de las despensas más próximas; sin rival por su gallardía, larga cola y fieros bigotes. Es blanco como el armiño; de orejas y nariz encarnadas y transparentes; de ojos verdes, grandes y redondos, llenos de mansedumbre y dulzura. Es el compañero de Montiano; el guardian de su estudio; su amigo; su hijo adoptivo; la musa que le inspira.

Buffon ha dicho que el gato es un animal doméstico que solo tenemos con nosotros por temor de otros más

incómodos animales; que es infiel y malicioso; de carácter falso, de natural perverso; que ni la edad le corrige, ni la educación le aprovecha; que oculta su marcha, disimula sus designios, busca la ocasión, la espera, da el golpe y huye el castigo, y que si se deja hacer cosquillas en la panza ó en el lomo, no es por afabilidad ni mansedumbre, sino porque al muy pícaro le gusta semejante cosquilleo. ¡Si los gatos supieran el francés, ya hubieran dado su merecido al ilustre calumniador de la raza felina! Pero ¡cuán cómodo es hablar y escribir de los irracionales... que no contestan nunca!

Haceos naturalista y la sociedad aceptará como verdades inconcusas vuestras opiniones más caprichosas. ¿No es verdad esto, simpático *Michin*?...

Tú no hablas, pero tus ojos dicen cosas muy elocuentes. ¡Protestas contra ese epíteto de *perversos* que la sociedad lanza á los tuyos? Sí: protestas en tu silencio. Vosotros, me dices, llamais pundonoroso al hombre que insultado por otro, contesta á su adversario con más duros insultos; ó al que paga un bofetón con una estocada. Vosotros despreciáis al hombre que se arrastra miserablemente, como el perro, á los pies del amo que le apalea. Vosotros habeis celebrado en prosa y verso la arrogancia del Cid porque una vez sintió impulsos de arrancar las entrañas á su mismo padre, cuando éste le apretó la diestra con toda la débil fuerza de su edad anciana...

«—Solledes, padre, en mal hora,
Solledes en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabras;
Antes con la mano misma
Vos sacara las entrañas
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.—»

Vosotros... ¡Basta... basta... *Michin*, no continúes; tu mirada me hace bajar los ojos, y estoy tan asombrado de tu erudición, como avergonzado de mí mismo! ¡Los naturalistas y la sociedad están vendidos al perro, tu constante y feroz enemigo! ¡Él, cobarde y adulador, obtiene títulos de nobleza; y tú, digno, orgulloso, fiero, dulce á las caricias, rebelde á las amenazas, dotado, en fin, de las mismas cualidades morales que el hombre, eres incivil, desleal y pérfido! ¡Sin duda que la página de tu historia les ha sido dictada á los naturalistas por algún can aborrecido! ¡Consuélete, sin embargo, la feliz noticia de que el hombre, en premio á tantas virtudes como en el perro admira, le reserva la estrignina!

Digamos cómo *Michin* había venido á ser el genio familiar del estudio de Montiano, y á compartir en cierto modo las glorias y las amarguras de la vida artística, en vez de quedarse olvidado del mundo y del arte en el rincón de Extremadura donde naciera. No perderemos nada en referir su historia: la historia de *Michin* es la de Montiano.

Uno y otro habían nacido en Mérida, en uno de los barrios apartados de esta ciudad, como Itálica, teatro de pasadas grandezas; entre aquellas disformes ruinas de la edad romana, cubiertas por el polvo viviente de sus fundadores, y de los vándalos, godos y árabes que han pasado sobre ellas. El destino, como si les anunciase su porvenir, les había dado una cuna artística. *Michin* había venido al mundo en el seno de un ánfora rota y Montiano había tenido por alcoba una habitación de mosaicos, hecha de piedrecitas que formaban líneas y cintas de colores, llena de inscripciones latinas y figuras simbólicas: antigua morada acaso de un arúspide.

El padre de Montiano era un labrador considerado como hombre rico entre los pobres labradores de la comarca: la madre de *Michin*—pues del autor de sus días no hay datos que merezcan seguro crédito—era una hermosura de Angora que ejercía el empleo de cazadora de ratones en una casa vecina á la de Montiano: casa ocupada por la viuda de un retirado y su hija.

El primer capítulo de la historia de *Michin* tiene recuerdos muy alegres y muy tristes para Montiano. Este capítulo podría titularse *Filomena*.

Filomena era la hija de la viuda: el aya de *Michin*. Tenía cinco años menos que Montiano, y uno y otro vivían como hermanos, y se querían más aún que si lo fueran. Amábanse con ese amor inefable, lleno de abandono, libre de temores, que no piensa en lo futuro, ni guarda memoria de lo pasado; con ese amor sin egoísmo y sin objeto, en que la inocencia no tiene ojos y en que la sociedad no ve peligros; con ese amor, aspiración sublime del espíritu humano escrita en el Evangelio, que consiste en amarse por amarse, y que es el amor de los ángeles y de los niños. ¡Flor de perfume celestial cuyas brillantes hojas va la edad arrancando una por una hasta dejar en nuestros dedos místico y sólo el pobre botón que coronaban!

Los cabellos oscuros de Montiano; sus negros ojos; su mirada penetrante y decidida; su cuerpo, robusto en su corta edad; su palabra y ademanes enérgicos, formaban grande contraste con aquella preciosa niña de cabellos de oro y ojos azules, fresca como una cereza, flexible como un junco, delicada como un hilo de niebla, alegre como un jilguero, dulce como la miel de las flores.

¡Qué años aquellos! ¡Cuando Montiano los recuerda, sus ojos continúan secos, porque ya no llora; pero el corazón se le llena de lágrimas!

Habría cumplido Montiano los quince de su edad queriendo á Filomena sin conciencia de su cariño, cuando sintió en su pecho algo nuevo, algo desconocido; un movimiento del corazón que le producía dolor y placer, como la sensación que sentimos al primer impulso de la lancha en que nos lanzamos al mar. El cariño de la infancia, el espíritu de la inocencia habían roto sus alas de mariposa contra los labios de Filomena una tarde en que esta le mostraba en ellos una herida que *Michin* le había hecho con sus afiladas uñas. ¡Cruel *Michin*, que apenas nacido así arañas en tus atolondrados juegos los labios de una hermosa niña y el alma de un joven sencillo!

Montiano estaba enamorado—sin saber todavía lo que era amor. Él, antes tan feliz, poníase triste á veces, y á veces se enojaba de la inquebrantable alegría de Filomena: hubiera querido verla triste también, para preguntarle la causa de su tristeza. Él, tan hablador é inquieto, se había vuelto uraño, silencioso y pensativo. Muchas tardes cruzaba solo, por el campo, y allí, entre aquellos fragmentos de columnas y arcos despedazados; sobre aquellos pedestales que habían dejado caer, inclinándose, las estatuas que sustentaron; sentado en las rotas graderías del anfiteatro; bajo el desquiciado pórtico de algún templo, aspiraba con delicia ese vapor de grandeza que se alza de las ruinas de los imperios. Sus ojos recorrían con placer las grandes sombras que proyectaban los gigantes acueductos, á manera de negras costillas de monstruosos esqueletos tendidos en la campiña, ó admiraban la esbelta línea con que se dibujaba sobre el claro horizonte alguna columna solitaria en cuyo alto capitel parecía el sol descansar, antes de caer, brillando como una hostia de fuego... Sin duda estas sublimes impresiones desarrollaron en él esa grande alma de artista á que tan mal debía obedecer luego su rebelde mano.

Muchas veces también las familias de Filomena y de Montiano los llevaban juntos de paseo por estos sitios, y era delicioso entretenimiento verlos correr y saltar por entre los fragmentos de la ciudad romana: subir á lo alto de las parduzcas ruinas ó bajar al hueco fondo de algún sepulcro antiguo, jugando y cantando; despertando con sus gritos los ecos y los espectros de la soledad; deshaciendo acaso con su planta el pulverizado esqueleto de algún ciudadano de la opulenta *Emerita Augusta*. Hubiérase dicho al verlos alegres y felices entre tantas ruinas, que eran los espíritus de la vida que danzan sobre los cadáveres, burlándose de la muerte.

Montiano en aquellas tardes hermosas bajábase á recoger las campanillas silvestres, formando con ellas una guirnalda para adornar los cabellos y la frente de Filomena: ésta elegía entre todas las de su rústica corona la más preciosa y la colocaba en el sombrero de Montiano. ¡Qué bella estaba la niña con su tocado de frescas campanillas! ¡Qué galán Montiano con su flor! Pero... ¡ay! ¡cielos! ¡y *Michin*, dónde está mi pobre *Michin*? exclamaba de pronto Filomena.—*Michin*, su segundo amor; el que compartía su comida y su lecho; el que la acompañaba á paseos y visitas; la tercera persona de aquella trinidad de inocencia; el que la despertaba dándole con su húmedo hocico un golpecito en la nariz; el que se pasaba las horas muertas sobre su falda, ó puesto, como una charretera de plata, sobre su hombro; el que tantas veces la hizo quedar sentada sin ir á paseo porque se le había dormido y le daba lástima despertarle; *Michin*, que solía morderla los dedos agraciados, cuando le daba alguna sopita de leche por desayuno, y que la tiraba de la falda cuando ella comía sin mirarle; *Michin*, el querido, el indispensable, el del collar de grana y cascabel de oro, se había deslizado de los brazos de su linda dueña, y sin hacer caso de sus gritos revolvió como un arqueólogo en el fondo de alguna urna cineraria.

Montiano quería á *Michin* porque este era amado por Filomena. Y como, sin saber por qué, no se atrevía á decirle muchas de las cosas que sentía; y como al propio tiempo necesitaba dar expansión á sus sentimientos, pues el contar las penas descarga el corazón como el llorarlas, había elegido á *Michin* por confidente. Sentábase en sus rodillas, pasábale suavemente la mano por el lomo, para disponerle á escuchar propicio su re-

lacion, y le contaba el inesplicable afan que sentia por aquella encantadora rubia de diez años. En vez de tener, como los moros, un agujero por confesor, depositaba sus secretos en las orejas de *Michin*. El gato le oia mirándole fijamente con sus redondos ojos, y en ciertas ocasiones parecia conmoverse y se pasaba las manos por la cara, quizás para peinarse los bigotes, quizás tambien para enjugar una lágrima.—Y debe decirse—porque es cosa rara tratándose de terceros y confidentes—que jamás faltó al secreto de lo que Montiano le confiara. Filomena murió ignorando aquel amor profundo.

¿Murió Filomena? ¡Sí! Unas calenturas hicieron grande estrago en Mérida: Dios, que escoge sus ángeles entre los niños, le tocó con el dedo, y está en el cielo.

Filomena murió dando á Montiano su última y dulce mirada, y dejándole por herencia... ¿podré decirlo sin que lo encontréis inverosímil y aun ridículo? Y ¿por qué no? Son cosas de los niños que abren sonriendo las puertas de la eternidad, y para los cuales la muerte es un puente de flores entre dos mundos de alegría... Murió dejándole por herencia á su pobre compañero... á *Michin*.

Ya tocan las campanas, ya van á enterrar á Filomena. ¡Parece que duerme dentro de su caja color de rosa, vestida con su traje de fiesta; las niñas del pueblo van delante, adornadas con sus galas de los domingos; detras van las mujeres, cubierta la cabeza con sus mantos, y los hombres con sus capas largas y pardas y sus grandes sombreros. Nadie, nadie falta entre las personas que le fueron queridas. ¡Ah! ¡Sí! ¡Tú faltas, *Michin*, tú sólo faltas! ¿Por qué, ingrato, no fuiste, como va el perro, tras el ataúd de tu amo, ó por qué no te llevaron, como se lleva en los funerales de un guerrero su caballo de batalla!

Sobre la tumba de Filomena colocaron una gran piedra, mitad de una lápida arrancada de algun sepulcro romano. Una inscripcion en latin, medio borrada, parecia indicar que habia cubierto las cenizas de algun ilustre personaje; acaso las de un jefe de legion, acaso las de algun grande orador, acaso las de algun ilustre poeta. Pero siquiera cubriese ántes la tumba de un emperador, ¡cuánto más honrada quedaba ahora al cerrar la fosa de la inocente y virginal Filomena! Sobre esta lápida gentilica purificada por una cruz de madera, pasó la noche Montiano. Allí sufrió su primer fiebre de dolor; allí, ante la muerte, comprendió la vida, y tuvo una especie de revelacion de las amarguras que le esperaban; allí maldijo por primera vez el destino; allí experimentó los primeros vértigos del que se asoma al abismo de la duda; allí dejó correr su llanto en silencio, y de allí, por fin, en la mañana, al primer rayo de sol, se levantó trasformado de niño en hombre; resignado y tranquilo; aceptando la vida, como acepta la lucha el gladiador despues de haber templado su escudo en el agua de lágrimas de la desesperacion.

Cuando Montiano, al volver del cementerio, pasó por la casa de Filomena, entró en ella y vió al gatito blanco, recostado en la cama, deshecha aún, de la pobre niña.

El gatito, al acercarse el jóven, lanzó un triste maullido que hizo correr por las venas de Montiano un sentimiento consolador al par que amargo.

Cogiendo entónces en sus brazos aquella herencia querida, exclamó:

—¡Ah! ¿Por qué los hombres dicen que los animales no tienen alma?

Y aquí concluye, y de modo tan triste, la primera parte de la historia de *Michin* y de Montiano.

(Se continuará.)

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Continuacion).

III.

Cesa mi breve oracion
Y me levanto del polvo,
Y despues que agua bendita
Para santiguarme tomo,
No bien salgo de la iglesia,
A pocos pasos, muy pocos,
Siento que una mano amiga
Me toca blanda en el hombro.
Vuelvo, lector, la cabeza,
Y atónitos ven mis ojos

Un hombré, tan parecido
Como lo es un huevo á otro,
Al buen Mánco de Lepanto,
Al soldado valeroso,
Que vertió su noble sangre
Con españolismo heróico.
Al cinto ciñe la espada
Que ceñia cuando mozo,
Con la que en Argel hacia
Cautivo temblar los moros.
Como blason de su ingenio
En su diestra lleva un rollo
De papeles, distintivo,
Prez de escritores y adorno.
—*Dios os guarde, buen hermano,*
Me dice; y su noble rostro
Veo á la luz de la luna
Tan simpático y hermoso,
Como cuando apuesto y digno,
Sin contar aun treinta agostos,
Por su Dios, su patria y rey
Logró enrojecer el Ponto.
—*Señor Miguel, ¿y es verdad?*
(Con cariño le respondo),
Aunque nació en este siglo,
Soy tan feliz y dichoso
¿Qué veros puedo?

—*Dejaos*

De lisonjas y piropos,
Con desenfado contesta,
Y prosigue de este modo:
—*Dios Nuestro Señor permite,*
«Venga yo esta noche solo
«A platicar mano á mano
«Con vos por instantes cortos.
«Sois un cura: yo me alegro:
«Pues podeis del purgatorio
«Sacar poetas, que gimen
«En el más triste abandono.
«El sacrificio incruento
«Cada dia fervoroso
«Ofreced por su descanso,
«Y saldrán de penas pronto.
«De su vivaz fantasía
«Y de su númen fogoso
«Por haber tanto abusado
«En sus versos amatorios,
«Hoy, en castigo bien justo,
«Algunos de aquellos locos
«O necios amartelados,
«De lágrimas dos arroyos
«Sin interrupcion derraman
«Desde siglos ya remotos,
«Léjos de Sion, morada
«De paz, de eterno reposo.
«El Arcipreste de Hita,
«Que olvidando el sacerdocio,
«Escandalizó á su siglo
«Y siguientes con sus fóllos,
«En aquel fuego lamenta
«Y detesta ruboroso
«Sus abominables coplas
«Dignas del mismo Petronio.
«A su lado tambien sufren
«Por sus juveniles ócios,
«Cadalso, Iglesias, Arriaza,
«Arolas, Lista y Reinoso.
«Felices estos mil veces:
«Mas ¡oh dolor! gimen otros
«Sin esperanza y consuelo
«En abismos tenebrosos,
«Porque al Criador negaron,
«A quien lo debian todo,
«Incluso el inclito ingenio,
«Que ostentaban orgullosos.
«De aquellas negras mansiones
«Sepultados en el fondo,
«Entre inextinguibles llamas
«Atormentados por monstruos,
«Llora el romano Lucrecio,
«Que en metro fácil, sonoro,
«Hizo de la vil materia
«La apoteosis y elogio;
«Lloran ciento, lloran mil,
«Que insultaron sin rebozo
«En sus cantares á Dios,
«A Dios, su Padre amoroso.
«El que más, empero, sufre
«En aquellos calabozos,
«Es el impío Voltaire,
«Vate quizá el más famoso,

«A quien la cínica Francia,
«Con gran placer del demonio,
«Hoy dia estatuas erige
«Y monumentos gloriosos.
«Tiempo vendrá en que de llanto
«Y rubor cubierto el rostro,
«Renegará de su hijo
«(A quien llamaba su Apolo)
«De Clodoveo la patria;
«La patria en que abrió sus ojos
«San Luis, el preclaro nieto
«Del español don Alfonso.
«Olvidemos, caro hermano,
«Recuerdos tan dolorosos,
«Y elevando nuestra mente
«Del Altísimo hácia el trono,
«Considerad que allí cantan
«Con laudes y arpas de oro
«Alabanzas al Eterno
«Mil vates, mil religiosos.
«El rey profeta preside
«Aquellos divinos coros,
«Con el dorado salterio
«Que sonaba en los contornos
«Del Jordán embebecido,
«Cuando á su canto armonioso
«Detenia sus corrientes
«En grato y plácido arroyo.
«Como en los góticos templos,
«Gloria del orbe y asombro,
«A los salmos de David
«Responden melodiosos
«Los cánticos apacibles,
«Los himnos dulces, devotos,
«Del buen Aurelio Prudencio,
«Cisne de Hespéria canoro;
«Tambien en el cielo gratas,
«Al pié del divino sólio,
«Con blanda cítara hebrea
«Del monarca más piadoso,
«Cuerdas latinas modulan,
«Que ciudad, donde á Jacobo
«Visitó la Virgen Madre,
«Oyó en los tiempos heróicos:
«En el siglo ya lejano,
«En el siglo venturoso
«De Atanasios y Augustinos,
«Y Gerónimos y Ambrosios.
«Feliz España, feliz,
«Que entre sus vates gloriosos
«Cuenta al inclito Prudencio,
«A cuyo plectro sonoro
«Nombradía deben tanta
«Aquellos héroes famosos;—
«Que derramaron su sangre
«En las catastas y potros,
«En las cruces y en el fuego,
«Por el vencedor del Orco,
«Por el Hombre-Dios, á quien
«Plugo morir por nosotros.»

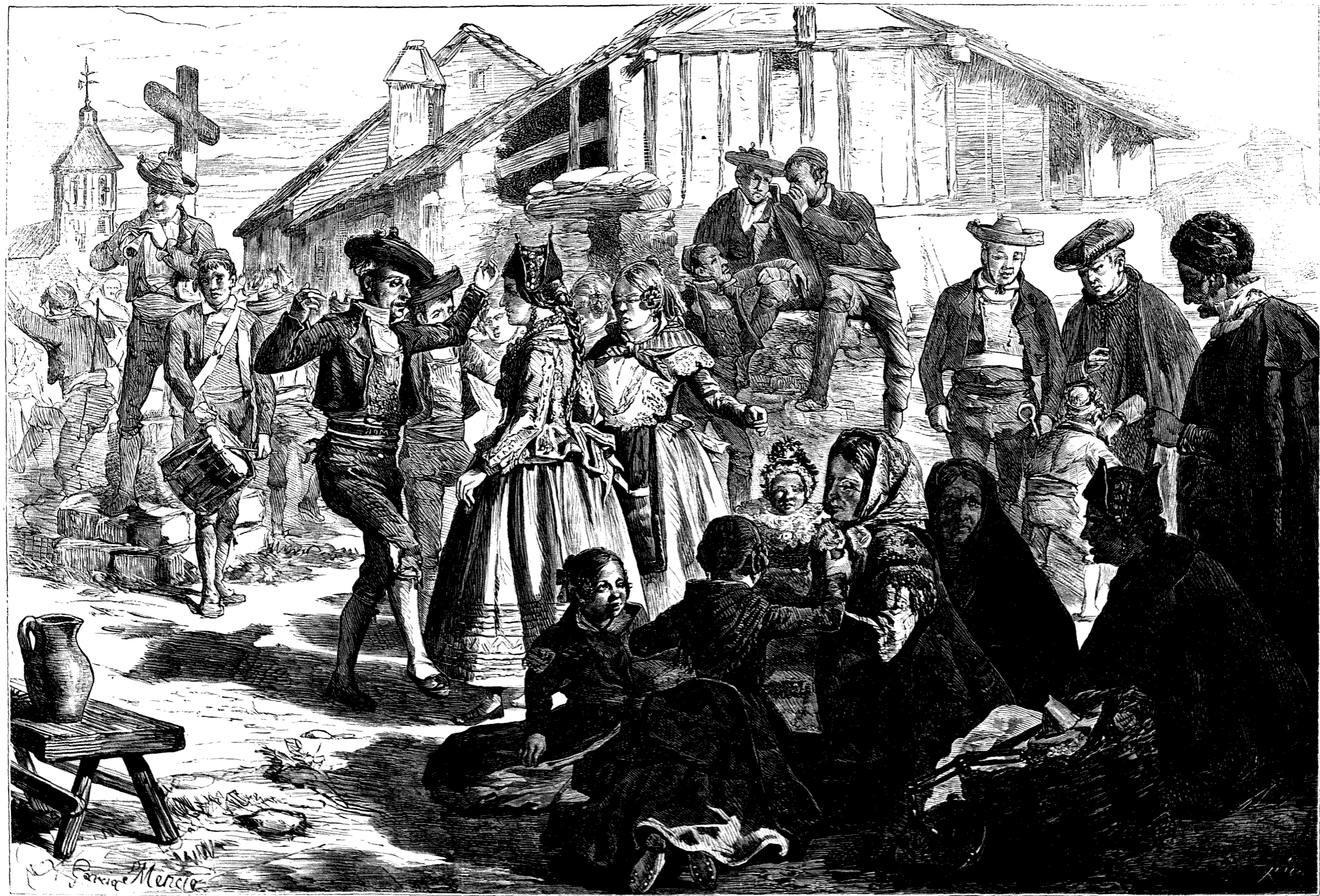
(Se continuará.)

GASPAR BONO SERRANO.

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

Destruida á cañonazos la poesia épica; limitada la lírica á pedir aguinaldos en Noche-Buena; distribuida la atencion del público que asiste á los teatros entre la ópera italiana, la moribunda zarzuela, los ejercicios ecuestres, los juegos de manos y otros espectáculos más ó menos divertidos, la poesia dramática apenas tiene á su disposicion algunos escenarios, y yace en los cafés ahogada de humo, sin más aplausos que las palmadas que se dirigen á los mozos. Un nuevo género literario se ha sobrepuesto á los demás; el periodismo: una sola, la ménos favorecida de las antiguas formas literarias, ha sobrenadado en este diluvio: la novela.

Difundida por todas partes: en el folletín de los periódicos; en entregas casi gratuitas; en ediciones económicas ó en tomos lujosamente encuadernados, es la lectura constante de la mujer; el libro de donde nacen las primeras dudas que abriga el jóven; la narracion que reúne á los criados en torno de un lector tartamudo; la revelacion que desvela á las jóvenes; la ficcion que entretiene á los viejos; el libro, en fin, del pueblo, cuya influencia se extiende á todas las clases, alcanza á todas las familias. Si es discreto, ennoblece el espíritu: si es frívolo y vulgar, empobrece las ideas: si tiende al mal, deja rastros dolorosos.



COSTUMBRES CASTELLANAS.—BAILE EN SANTA MARIA DE NIEVA (SEGOVIA).



COSTUMBRES RELIGIOSAS DE MADRID.—EL DIOS GRANDE. COMUNION A LOS ENFERMOS.

Es inútil, si no funesto, despreciar la novela, que tantos bienes puede producir, que tantos males acarrea. Académicos de la de ciencias morales, ¿no es verdad que mientras reservais para las sabias y discretísimas paredes de vuestra sala de sesiones, esa moral pura de que sois depositarios, otras gentes menos ilustradas, pero más activas, esparcen suavemente sus ideas dentro del hogar, se apoderan de las conciencias, excitan las pasiones, despiertan los malos instintos y se ríen de la moral á carcajadas? Preguntad á vuestras familias si prefieren vuestros folletos á las novelas de Fernandez y Gonzalez.

La novela tiene hoy verdadera importancia moral: lo que no se tolera al periódico, ni se atreve á proclamar el orador, pasa desapercibido y llega á su destino bajo la rosada cubierta de una entrega. Si fuera conspirador, jamás aventuraria mis secretos bajo el sobre de una carta, y acaso creería un medio seguro de correspondencia imprimir todos mis planes en forma de novela y hacerlos circular por medio del correo. ¿Quién abre la entrega segunda de un novelon que se titule *Amor sin esperanza?*

He creído conveniente hablar de la novela en general ántes de limitarme al objeto de mi artículo, para justificar el que una sola obra dé ocasion á un elogio, á los ojos de aquellos que niegan toda clase de mérito á las novelas y desconocen su influencia decisiva en las costumbres. Entro á ocuparme de la que con el título de *Gil Perez de Marchamalo* escribió há tiempo el modesto y concienzudo escritor D. Juan Federico Muntadas, puesto que el estar próxima á salir á luz la segunda edición de la novela, hace oportuno mi asunto.

No pertenece *Gil Perez de Marchamalo* al vulgo de las novelas: si por sus buenas cualidades literarias no mereciera figurar en primera línea, la sencillez y ordenada sobriedad del conjunto bastarian para demostrar que su autor es un hombre de talento, pues al internarse en las escabrosidades de la sociedad moderna, marcha directamente á su objeto, sin extraviarse en aquel laberinto, ni descender á detalles pueriles ó deshonestos, ni desfigurar el mal y el bien donde quiera que los observa, y demostrando siempre genio observador, estudios sólidos, rectísima intencion, y una honrada amargura cada vez que revuelve el fango social que á todos nos salpica.

Y no es pasión de escuela, ni coincidencia en el modo de pensar lo que motiva mis elogios: ántes bien, la novela del Sr. Muntadas pertenece á un género que respeto y tengo en mucho, pero hácia el cual no siento inclinacion, ni me lleva ninguna simpatía. Prefiero á las copias fieles del mundo en que vivimos, esos episodios que siendo reales en su esencia, sólo existen en la fantasía; pero admito todas las manifestaciones del arte, y sostengo el mérito y respetabilidad de todas las escuelas; aceptando lo bueno bajo cualquier forma, del mismo modo que el paladar encuentra agradable el café por lo que tiene de amargo y el jarabe por lo dulce.

Gil Perez es el Gil Blas del siglo XIX: ménos cándido el primero que el segundo, al abandonar la casa de sus padres, ámbos llevan en sí el espíritu dominante de su época; Gil Blas soñaba en galanteos y aventuras, en medio de aquellos españoles que recorrían inquietos la América y la Europa; Gil Perez, ménos impresionable, es digno representante de una edad más positiva, de una sociedad cuyos lazos más íntimos son los intereses de la Deuda. Como en el siglo XVII, Gil Perez halla en el XIX criados que burlan y saquean á sus amos; damas galantes que explotan sus encantos; señoras que pagan á sus amantes el cariño; una santa hermandad formada con lo peor de cada casa; el favor repartiendo los destinos públicos; el Erario derrochado sin concierto; los mismos hombres, con las mismas vanidades.

Pero en lo que ha cambiado completamente el cuadro, es en la facilidad con que el aventurero del siglo XIX consigue su fin, arrojando para salir á flote el lastre de la vergüenza. La casualidad conduce á Gil Blas al servicio de un ministro, y la adulacion le lleva al colmo de sus prosperidades. Gil Perez fabrica el edificio de su fortuna con la seguridad y el cálculo de un arquitecto: las puertas del poder están abiertas para el audaz; la prensa y la tribuna son las gradas por donde suben á lo más alto las grandes ambiciones; ya encaramadas allí, las figuras pasan pronto para dejar el sitio á otras nuevas que satisfagan la curiosidad del público, ávido de emociones, y que encuentra variedad en un espectáculo de singular monotonia.

La descripción de un municipio, la maquinaria electoral y la administracion de un gobierno de provincia, producen honda impresion de disgusto, á fuerza de ser verdaderos sus detalles. En esta parte, el libro del señor Muntadas es una acusacion terrible que alcanza á todos

los gobiernos, en que resultan feamente complicados todos los partidos: á nadie alude particularmente, pero á todos se dirige la censura: *Gil Perez de Marchamalo* no es una novela política en el sentido usual de la frase, sino una obra en cuyo cuadro social se juzga con severa imparcialidad todo lo que contribuye al estudio completo de esta época, agitada é indudablemente transitoria.

No todo es deforme en ese análisis inexorable del mundo que nos rodea: el venerable arzobispo, la poética figura de Isabel, la generosidad y rectitud de Vilaplana y la casta resignacion de la ofendida esposa, proyectan sobre el conjunto desconsolador de una sociedad desmoralizada rayos vivificadores. Entre el cúmulo de vicios que se ostentan con orgullo y sonríen con descaro, atraen las miradas y deleita el espíritu aquellas modestas virtudes practicadas en silencio.

Sin embargo, el conjunto del cuadro infunde gran desaliento: presenta á nuestra sociedad tan enferma, que para su salvacion no hay terapéutica posible: la enfermedad se manifiesta en todas partes; en las manchas de la piel, en el ruido de las arterias más profundas, en el frío de las extremidades, en los alucinaciones del cerebro: no es una dolencia aguda, sino todas las enfermedades batallando en un sólo cuerpo, cuya vida se reduce á estremecimientos y quejidos.

No me atrevo á decidir si el Sr. Muntadas ha exagerado los colores en su cuadro: quisiera creerlo así por respeto á la época en que vivimos, y de cuyo influjo no podemos evadirnos; pero sentiria acusar injustamente al autor de *Gil Perez de Marchamalo*, por disculpar lo que no tiene defensa. Si los vicios que delata existen en realidad, hay que sacar una de estas dos tristes consecuencias: ó casi todos estamos ciegos, ó casi todos somos cómplices.

No se crea, por lo dicho anteriormente, que la novela del Sr. Muntadas, por su falta de optimismo, contenga una lectura peligrosa; todo lo contrario: no puede ser más sana su doctrina; el vicio y el error están allí severamente condenados y descritos con tan buena intencion, qua al leer las páginas más amargas, el alma se vuelve hácia el bien como para respirar en otra atmósfera. Entre el fárrago de novelas improvisadas que ofrecen al público los comerciantes de libros, ó las que se escriben expresamente para aumentar la confusion moral, adulando los instintos de los más por tener mayor número de lectores, es grato hallar de vez en cuando obras inspiradas en nobles sentimientos. Esta sola circunstancia bastaria para dar valor á la novela del Sr. Muntadas, si careciese de otros méritos; pero la propiedad y correccion de su lenguaje, la buena disposicion de su sencilla fábula, la verdad de los tipos y otras dotes de larga y difícil enumeracion, la colocan en un puesto envidiable.

Ignoro la suerte que cabrá en lo porvenir á los libros que hoy se escriben; pero tengo por muy posible que los créditos futuros repararán algunas injusticias literarias, igualando en el panteon del olvido á muchos que hoy se dividen en grandes y pequeños. Si por acaso, ¡oh sabios venideros! pasais la vista por una hoja amarillenta de LA ILUSTRACION en que se conserve este artículo, lo cual está en lo posible aunque la literatura nada gane en ello, voy á daros un consejo. Comprendiendo el apuro en que os hallareis por sobre de noticias contradictorias acerca de esta época, si quereis estudiarla imparcialmente, buscad en la Biblioteca la novela *Gil Perez de Marchamalo*, y conoceréis esta nuestra feliz edad, que segun marcha el mundo acaso os cause envidia.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

DON MANUEL MARÍA DE SANTA ANA.

Hace veintidos años que los habitantes de Madrid tropezaban á todas horas y en todas partes con un jóven pálido, delgado, rubio, modestamente vestido y siempre con un rollo de papeles en la mano.

Aquel jóven salía poco despues de amanecer de su casa; recorría las de los hombres que más figuraban entónces en la política; subía á los ministerios; entraba en el salon del Congreso, situado á la sazón en el hoy quemado y probablemente dentro de un siglo no restaurado salon de conciertos del teatro Real, y regresaba por último á su humilde habitacion de la calle de la Abada. Allí cambiaba su traje de caballero por la blusa del operario, escribía en papel autógrafo las noticias que durante el día habia recogido, las litografiaba en un pequeño aparato que manejaba con poca destreza, y volvía á salir ya cerca del anochecer para depositar en el buzón del correo una docena de cartas cerradas.

Aquel activo jóven debía ser un día el único propietario del periódico más popular de España. Aquella maquinita microscópica debía trasformarse, andando el tiempo, en un inmenso y complicado mecanismo movido por el vapor. Aquella docena de cartas mal litografiadas contenian el gérmen de *La Correspondencia de España*, reproducida en más de 50.000 ejemplares diarios.

Trabajosa vida arrastraba entónces D. Manuel María de Santa Ana, pero, así y todo, infinitamente más feliz, más cómoda y tranquila que la que habia tenido en Madrid desde 1842 hasta la época en que le hemos presentado á nuestros lectores.

Hijo de una honrada y pobre familia de Sevilla, quedó á los diez y ocho años huérfano de padre. Santa Ana tenia un capital riquísimo de ilusiones, tesoros de fé en el porvenir; pero ni estos tesoros ni aquellas ilusiones le producian por de pronto otra renta positiva que cuatro ó cinco reales diarios que ganaba copiando escritos forenses y con los que apenas podia dar pan á una madre desvalida y á cuatro hermanos de corta edad.

Dedicaba gran parte de la noche á esta ingrata tarea, estudiaba de día medicina y aún se permitía el lujo de gastar algunos momentos en el loco despilfarro de hacer versos, placer verdaderamente sibarítico en su precaria situacion.

La actividad, que ha sido, por decirlo así, la idiosincrasia moral de Santa Ana, se manifestaba ya desde sus primeros pasos en la vida. A ella debió ser designado para ponerse al frente de un periódico literario, *El Cisne*, redactado por jóvenes distinguidos que han ocupado despues altos puestos en el foro, en las letras y en la política, y al que habia dado hospitalidad en una de las salas bajas de su húmeda casa la empresa del viejo *Diario de Sevilla*.

Era gerente de esta empresa D. Francisco de Altube, vizcaino tan honrado como iliterato, pero de un instinto admirable para dirigir el periódico puesto á su cargo. Debemos hacer mencion de este sugeto porque su trato, sus expansiones y sus confianzas con Santa Ana ejercieron un grande influjo en el porvenir de éste, infiltrando en su corazon y en su inteligencia sentimientos é ideas que á la larga debian dar sus frutos. Altube era liberal, y para él no habia otros enemigos que los enemigos de la libertad; así, pues, todo su criterio político se reducía á combatir al carlismo, que alimentaba la guerra civil, y apoyar al gobierno constitucional, fuese progresista ó moderado.

Conocedor de los hombres y de los sucesos de la época, Altube, con el escalpelo inexorable de su critica, algun tanto ruda, penetraba en lo más profundo de las vísceras del cuerpo político y ponía ante los ojos de su discípulo las miserias, las ambiciones y el profundo egoismo de los hombres que con el patriotismo en los labios sólo escepticismo abrigaban en sus almas; otra circunstancia que ha influido sin duda en la poca importancia que Santa Ana ha dado á las diferencias de agrupacion de los bandos políticos, de los cuales ha querido sistemáticamente vivir alejado cuanto lo ha consentido la índole especial de su publicacion.

Apesar de la utilidad que prestaba Santa Ana al gerente del *Diario*, éste, que le profesaba un sincero cariño y conocia sus prendas de carácter, le aconsejaba un día y otro que marchase á Madrid en busca de más dilatados horizontes. En efecto, el 25 de junio de 1842 emprendió Santa Ana el camino de la corte, acompañado de su guarda-ropa y de su caja de fondos: constituía el primero una maleta con algunas prendas de vestir, y estaba representada la segunda por un bolsillo de seda verde conteniendo once duros y medio, en moneda toda de buena ley.

Como nada hay eterno en el mundo, resultó que á las dos horas de estar Santa Ana en Madrid habian salido de su prision los 230 reales que formaban su capital, distribuidos de este modo: 180 reales á la patrona, 10 á un fondista y 40 al juego, en una reunion de las que son tan frecuentes en Madrid.

Las cartas de recomendacion que habia traído de Sevilla le valieron, en primer lugar, algunas invitaciones á almorzar y comer, y algo despues, una colocacion en el periódico progresista *El Patriota*, con 16 duros al mes.

El director de este diario era un italiano llamado don Bartolomé Prato, amigo íntimo de Mendizabal, y cuya especialidad consistía en recoger las ideas, los hechos y las apreciaciones que emitian otros periódicos, modificarlas, ampliarlas, reducirlas, segun las circunstancias, pero siempre disfrazándolas y sujetándolas á una especie de molde del que salian con cierta apariencia de unidad y en forma de cartas que hacia pagar algo caras al ministerio.

En este trabajo Santa Ana le servía de amanuense, y

bien pronto le confió Prato la confeccion de aquellas bastardas correspondencias, con lo cual mejoró algun tanto la situacion precaria del redactor.

Sin embargo, Santa Ana se acomodaba mal á aquella vida, y halló medio de dejarla para obtener la plaza de secretario de la sociedad titulada *La Tipológica general del reino*, fundada por el brigadier Herrera Dávila y consagrada á imprimir los *Boletines oficiales* de las provincias. Santa Ana la recorrió una por una, y en estos viajes aprendió á conocer el mecanismo y estudió el espíritu de las sociedades que en España explotaban el periodismo. Merece consignarse un rasgo de su carácter é inventiva. Santa Ana, que no podía pagar con dinero (por la sencillísima razon de no tenerlo), los favores y servicios que en sus expediciones recibia de diferentes personas, adoptó el sistema de dar unas grandes tarjetas con el escudo de su familia, acompañadas de la promesa de servir en la corte á todos los que le presentasen uno de aquellos *abonarés* de agradecimiento.

Desde 1843 hasta principios de 1844, Santa Ana vivió oscurecido en Madrid, escaso de recursos, reducido á grandes privaciones, y aún llegando á sentir la punzante espina de ese dolor físico y moral que empieza en las más groseras membranas del estómago y acaba en las fibras más delicadas del corazón: el hambre... Hoy Santa Ana tiene el buen gusto de acordarse de ello, en medio de su actual opulencia. Hace más que acordarse, lo cuenta con toda sencillez á cuantos lo quieren oír.

No se dejó abatir, sin embargo. Escribió en veinte publicaciones distintas, fundó tres ó cuatro periódicos, puso en verso el *Catecismo* del Padre Ripalda, y dió al público la primera edición de sus *Romances andaluces*, en cuyo género rayó á gran altura.

Desde junio de 1845 hasta 1846, tomó una parte activa en la política al lado de los progresistas. En este último año se encargó de la confeccion del *Universal*, tan hábilmente inspirado y redactado por los señores Llorente y Cárdenas. Todavía, hasta el 48, siguió escribiendo la gacetilla en varios periódicos, y al mismo tiempo fundaba el *Diablo Cojuelo*, periódico que murió prematuramente ante las convulsiones revolucionarias que por entonces conmovieron la Europa entera.

En mayo de 1848 empezaron sus relaciones con el duque de Montpensier. Habia llegado éste proscrito de Francia: Santa Ana le ofreció francamente sus servicios, el duque los aceptó con igual lisura, y desde entonces los años, los acontecimientos y las varias peripecias de la vida han pasado por encima de esta mútua amistad sin empañarla.

Santa Ana, que habia marchado á Sevilla con los duques de Montpensier, tuvo que separarse de su lado y regresar á Madrid, porque su permanencia al lado del príncipe inspiraba recelos al gobierno atendiendo á su procedencia progresista. Pero D. Antonio de Orleans no abandonó por eso á su secretario íntimo, y no queriendo humillarle con una proteccion pecuniaria que hubiera parecido una limosna, le encomendó el trabajo de escribirle desde Madrid algunas cartas dándole noticia de los sucesos más importantes, y sirviendo esto de pretexto para seguir acreditando á su corresponsal el sueldo que le habia señalado desde su llegada á España.

De estas cartas, puramente confidenciales, nacieron en junio de 1848 las célebres *Cartas autógrafas*, base de la *Correspondencia de España*, porque habiéndose divulgado el hecho, algunos personajes políticos solicitaron una copia de ellas. Entonces Santa Ana, para simplificar su trabajo, compró una maquinilla litográfica que hoy se conserva en una urna de cristal.

Santa Ana recogia las noticias, las redactaba y las litografiaba, pero esto último detestablemente, lo cual le obligaba á repetir tres y cuatro veces al dia la operacion.

El célebre periodista Emilio de Girardin propuso á Santa Ana á principios de 1858 que le escribiese á él sólo sus cartas mediante una asignacion de 3.000 francos anuales. Igual ofrecimiento le hizo más tarde el *Daily News*, y esto hizo pensar á Santa Ana que podria sacar mejor partido de su publicacion.

En 1851 la *Correspondencia Autógrafa Confidencial* y su redactor y propietario fueron objeto de una activa persecucion por parte del gobierno, resentido de que Santa Ana, para quien no habia secretos diplomáticos, hubiese dado publicidad al Concordato celebrado con la Santa Sede, noticia que cayó como una bomba en el campo electoral, á la sazón abierto, é hizo perder las elecciones al gobierno en todas las localidades á donde no pudo alcanzar la órden de secuestro de los ejemplares de la *Correspondencia* en correos.

Dos años despues, el conde de San Luis, presidente del Consejo de Ministros, se dirigió á Santa Ana por

medio de una persona de su confianza, pidiendo el apoyo de la *Correspondencia* y haciendo en cambio á su propietario lisonjeras ofertas, que éste aceptó en parte, estipulando que se invitase á todos los jefes políticos, á los generales, á los jefes de departamentos marítimos, á los embajadores y ministros plenipotenciarios en el extranjero á que se suscribiesen á su publicacion. El precio de esta era entonces de 60 reales al mes.

Al estallar la revolucion del 54, fué destruido el pequeño establecimiento de la *Correspondencia*, situado en la calle de Preciados, núm. 6. Santa Ana salió por entonces de Madrid y se retiró á un pueblecito de Vizcaya, sabiendo que mientras algunos apreciaban su leal conducta, otros no le perdonaban su fidelidad al gobierno derribado.

Volvió á Madrid á los dos meses; tuvo una conferencia con el general O'Donnell y en ella le expuso francamente que, sin aceptar ni rechazar las ideas dominantes, estaba dispuesto á apoyar al gobierno con el mismo carácter con que habia apoyado al anterior. El conde de Lucena aceptó cordialmente la oferta, y desde aquel momento acordó á Santa Ana la amistad y la confianza que le conservó hasta la víspera de su muerte.

La *Correspondencia Autógrafa* verificó su transformacion *tipógrafa*, ó lo que es lo mismo, dejó de ser litografiada para convertirse en impresa, en el segundo tercio del año de 1858, sentando sus reales en una pequeña tienda del pasaje de Matheu. En los dos primeros meses luchó con graves dificultades, siendo una de las mayores la de no encontrar personas que se encargasen de expenderla ni público que se tomase la molestia de comprarla. El ingenio de Santa Ana triunfó de ambos contratiempos. Varios aprendices de imprenta se encargaron, mediante una retribucion, de vender por la noche el periódico; Santa Ana asistia con sus redactores á un café determinado, donde á cierta hora entraban los expendedores, y tan luégo como esto sucedia, los redactores, situados en distintos puntos del café, se levantaban atropelladamente y compraban cada uno un ejemplar del periódico. Los demas concurrentes, excitados por la curiosidad, seguian su ejemplo. Dos meses despues, vendedores y compradores *auténticos* se disputaban á golpes, en el pasaje Matheu, los ejemplares de la *Correspondencia de España*.

Este feliz resultado, léjos de satisfacer á Santa Ana, no hizo sino estimularle á buscar todos los medios de aumentar la importancia y el interés de su publicacion. Lo que principalmente necesitaba para esto eran noticias, pero noticias nuevas, frescas, trascendentales, de autorizado origen. Para obtenerlas, acosaba á los amigos, á los conocidos, á los indiferentes; recorria todos los centros donde se producen, aplicaba el oído á todos los rumores y la vista á todos los objetos, y cuando habia esquilimado el campo público, aguardaba á los ministros á las puertas de sus departamentos y subia á las casas de los hombres políticos para pedirles noticias de los sucesos en que habian personalmente intervenido. Si hallaba reserva, desvío ó vacilacion en algunos, no se desconcertaba por eso, ántes bien, con la mayor sencillez y con la sonrisa en los lábios, les advertia que iria á buscar á sus adversarios políticos para ver si con ellos era más afortunado en la adquisicion de informes. Este procedimiento le dió excelentes resultados.

A principios de 1859 ya el público atribuia carácter oficial á las noticias de la *Correspondencia* y esta se buscaba con empeño. Sin embargo, su tirada no excedia entonces de 4.000 ejemplares.

Cuando Santa Ana empezaba á coger el fruto de sus afanes, un incidente inesperado le obligó á abandonar la redaccion de su periódico. Un alto funcionario le exigió la publicacion de ciertos párrafos que encerraban un gravísimo ataque á la dignidad de cierta persona que en otro tiempo habia ocupado una alta posicion política y dispensado importantes favores á Santa Ana, favores que jamas olvida un corazón agradecido. Santa Ana se negó resueltamente á ello, pero comprendió que esta negativa le cerraba el acceso á ciertas regiones donde recogia las más importantes noticias, cosa que equivalia á matar una publicacion que sólo en esta clase de noticias libraba su crédito.

Santa Ana cedió entonces el periódico, mediante el abono de 12.000 reales mensuales, á una persona de reconocida competencia y quizá el primero de los periodistas de Madrid; pero sea que le pareciese al propietario que bajo la nueva é inteligente direccion se acentuaba demasiado el carácter político de la *Correspondencia*, sea que Santa Ana no se acomodase á vivir fuera de aquel elemento donde habia consumido la mayor parte de su juventud y de su actividad, lo cierto es que no se dió punto de reposo hasta recuperar su publicacion, como

lo consiguió en diciembre de 1850, abonando al cesionario 200.000 reales por vía de indemnizacion.

Desde aquella época hasta hoy la *Correspondencia* ha ido aumentando progresivamente su tirada. En 1864 imprimia 15.000 números; en 1866 esta cifra se elevó á 18.000; al estallar la revolucion de Setiembre de 1868 subia hasta 24.000, y desde 1.º de marzo del año actual su tirada oscila entre los 40 y 50.000 ejemplares diarios, segun los sucesos y las circunstancias.

Es un espectáculo curioso el que presenta entre nueve y diez de la noche la salida de los vendedores ambulantes de la *Correspondencia*. No puede formarse idea, sino habiéndolo presenciado, del golpe de vista (y aun de los golpes de todas especies) que ofrece aquella desbordada corriente formada por 300 ó 400 cuerpos humanos, que disparada del zaguán de la casa, cuando se abre la puerta, va á romperse en la pared de enfrente y se divide en dos brazos á derecha é izquierda, para ir á repartirse hasta las últimas callejuelas de Madrid, produciendo un ruido que tiene alguna semejanza con la trepidacion de un terremoto, y ensordeciendo los aires con su vocerío. Ocho minutos despues de darse el primer grito de venta, puede asegurarse que ese mismo grito se oye en todos los barrios de Madrid. Dos horas más tarde estos correos callejeros han expendido un número de ejemplares que no baja de 20.000 desde hace muchos meses.

La *Correspondencia* ha simplificado notablemente su administracion, renunciando á las suscripciones individuales, que ha cedido, imponiéndose un quebranto pecuniario de bastante consideracion, á una empresa particular.

Por mucho tiempo se creyó que ni Santa Ana podia vivir sin la *Correspondencia*, ni ésta sin aquel. Sin embargo, este divorcio moral se ha verificado. Hombres hábiles, activos, educados bajo la inspiracion de Santa Ana, recordando sus consejos y utilizando su experiencia, mantienen las tradiciones y conservan la fórmula del secreto, harto público, que ha hecho de la *Correspondencia* una verdadera necesidad para los lectores de España.

Santa Ana, despues de haber cultivado esta planta periodística que le ha dado tan positivos frutos, se consagra desde hace tres ó cuatro años casi exclusivamente á cultivar plantas y flores naturales en la preciosa posesion que á costa de inmensos dispendios está formando en el inmediato pueblo de Leganés. Lícito debe parecer que busque hoy algun reposo quien por espacio de veinticuatro años ha trabajado constantemente diez y ocho horas diarias.

La *Correspondencia* está, como hemos indicado, instalada en la calle del Rubio, en un edificio construido expresamente para ella. Quiso trasladarse hace algunos años al centro de Madrid, pero tuvo que volverse á su antigua morada, porque los nuevos vecinos protestaron contra la máquina de vapor y contra las gratuitas serenatas con que les obsequiaban todas las noches trescientas bocas á cual más desafinadas. ¡Ingratos!

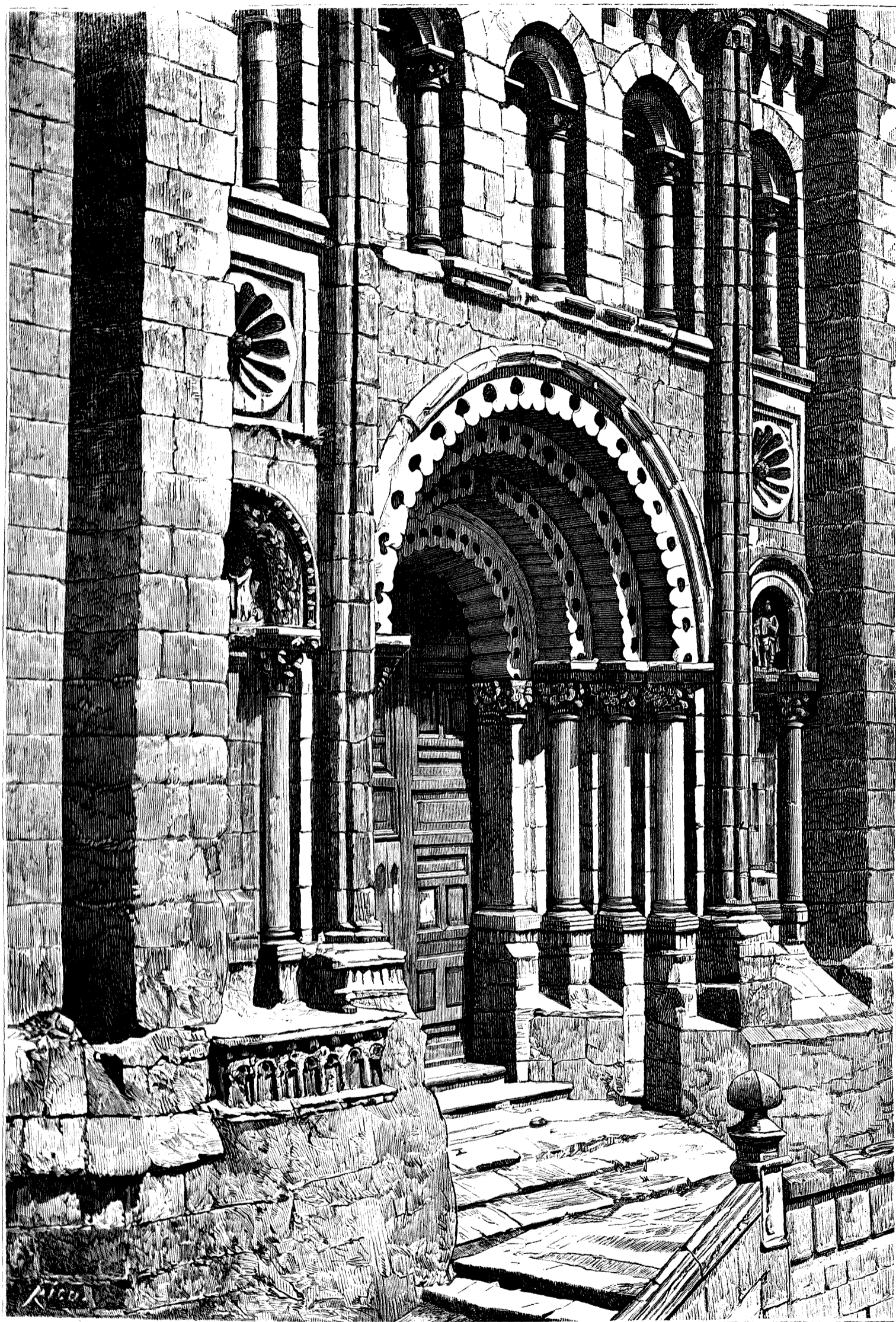
Terminamos estos apuntes, pesados por sus dimensiones, pero demasiado ligeros por lo muchísimo que pudieran ampliarse, consignando que la *Correspondencia de España* imprime hoy 17.520.000 números al año; paga más de 60.000 duros por el papel que consume, sostiene más de cien familias dándole trabajo diario, y ofrece un movimiento de fondos de más de cuatro millones anuales. En 1871 sus anuncios han alcanzado la respetable cifra de 500.000 reales.

El hombre que ha creado esta colosal empresa, apartado de la política, satisfecho de su fortuna, sin aspiraciones de ninguna clase y feliz únicamente en el seno de su familia, compra hoy, como uno de tantos curiosos, la *Correspondencia*, hace el bien que puede, es un verdadero padre para el pueblo de Leganés, que bendice diariamente sus beneficios, y atribuye con sencilla modestia su fortuna, ménos á su genio y laboriosidad, que á su fé en la Providencia y á su acendrado cariño á la anciana madre, móvil poderoso de sus primeros pasos en la senda que á tan dichoso término le ha conducido.

R.

COSTUMBRES CASTELLANAS.

Recibo una carta de mi amigo el director de LA ILUSTRACION DE MADRID, en que me dice estas ó parecidas palabras: "Se está grabando el cuadro de costumbres segovianas presentado en la última Exposicion de pinturas por el Sr. Mencia. Sé lo mucho que quiere Vd. á ese país, y no dudo que robará unos cuantos minu-



PUERTA DEL OBISPO EN LA CATEDRAL DE ZAMORA.



TIPOS DE ALCOY.

tos á los alegatos de bien probado, para escribir cuatro cuartillas sobre el baile de rueda.»

Dejo la mesa del despacho, tomo mi cartera de apuntes de viaje, la tiendo sobre el velador, testigo de mis entretenidos trabajos, echo una mirada á mis apuntes, y ya estoy viendo en los pueblos de Segovia, el día de fiesta, despues de la comida, á cada moza buscar su compañera para hacerse mutuamente el tocado bajo la direccion de sus madres, mientras los mozos van al juego de pelota, de la barra ó de la calva donde sus padres, con satisfaccion angélica, les aplauden cuando ganan, ó con ira satánica les echan del juego para defender su atrasado partido.

Y es, porque cada uno desde que su chico paga el tamboril y entra á gozar la consideracion de mozo, quiere que sea el que eche el surco más largo y más derecho, como prueba de labrador; que gane todos los partidos de pelota, como prueba de agilidad; que tire bien la barra, como prueba de fuerza; que pegue siempre á la calva, como prueba de tino, y que en el baile sea el que dé con más gracia las cabriolas y los saltos, y haga con sus reverencias y trenzados fijar dulcemente la mirada de las mozas en las *entradillas* y *mudanzas*.

Dichoso el pueblo cuyas distracciones son públicas

á la luz del día, y se entretiene en juegos de agilidad y fuerza, en vez de enervar su juventud en garitos y zahurdas.

A media tarde, el dulzainero y el tamborilero echan la *revolada*, se oye la primera *entradilla* en la Plaza, y ya se ha puesto el baile. Los mozos dejan sus juegos porque las mozas esperan de pié, en grupos de dos ó cuatro, pues la que va de non, se sienta en señal de que no baila, á no ser que sea recién casada, de cuyo estado llevará expresivos emblemas en piés y cabeza, siendo sus medias, en vez de blancas, encarnadas, y en vez de llevar su peinado cual la *manceba en cabellos*, les cubrirá con la toca de fino tul bordada de oro, que cayendo en chorros bajo la montera, pliega graciosamente al cuello, como la plegaba Isabel la Católica su paisana.

Al través de la toca, se vislumbran sus pendientes de tres ó cinco gajos de perlas con botones de oro, y las tres ó cinco vueltas de aljófar de sus gargantillas que sostienen una cruz de oro afiligranado. Varias sartas de corales, sujetas á relicarios prendidos con lazos á os hombros, caen formando ondas como en *derrame* hasta la cintura, y por último, rodea sus joyas una gruesa cadena de plata, de la que pende un crucifijo

cuya argentina blancura, se destaca sobre el fondo negro del delantal.

La gruesa cadena que lleva al cuello es tan larga como pudiera serlo la de la esclava; pero hoy la lleva con el crucifijo, y como en gala de que ninguna otra mujer ha tenido más consideracion que la de Castilla.

Su jubon forma escote cuadrado para dejar lucir el trabajoso acolchado de la camisa, y sus aldetas salen por fuera para tapar las cintas con que se sujeta el plegado manteo, de terciopelo, paño ó bayeta remetida, con tiranas labradas y franjas de oro, y que deja ver la pantorrilla, y el zapato, sujeto con una grande hebilla de plata. Tal es el traje de la *recién casada*.

Cada día tiene señalado el fondo del manteo un color distinto. El primero de Pascuas ó de boda, azul turquí; el segundo ó de tornaboda, grana, y pajizo el tercer día. Si, lo que es raro, hay alguna desdichada que carece de manteo del color del día, ó no sale de casa, ó si va á la Plaza se sienta entre las que no bailan.

Puestas con este traje poco más ó menos, las solteras, alrededor de la Plaza, con los piés juntitos, las manos cruzadas en la cintura, esperan inmóviles la invitacion para el baile, y hecha, sea quien fuere el que la hiciere, salen á la rueda.

Muestran los mozos agradecimiento echando una entradilla en su honor, es decir, bailándolas una danza difícil y reverente, y ellas con dulzura les miran mientras tanto, procurando ocultar la satisfactoria ó burlesca sonrisa, que les produce la gracia ó desgarbo de sus parejas.

Siguen la rueda despues procurando pegársela ellas á ellos, es decir, procurando dar los puntos ó las vueltas de diferente manera sin perder el compás, lo que constituye su entretenimiento.

Concluidos los tres bailes que dura el compromiso, echan los hombres la mudanza, como la entradilla, en son de gracias, y ellas se retiran á esperar á otros, á no ser que se hayan creado simpatías, en cuyo caso salen de la rueda, hacen como que se van, acceden á los ruegos de ellos, y vuelven porque tendria mucho que decir la gente, si se quedaban sin ton ni son, echada la mudanza.

En los días de funcion se ofrece un curioso espectáculo en el baile.

Los *danzantes*, los ocho mejores mozos y que mejor han echado las entradillas y mudanzas en el año anterior, son los elegidos para danzar hogaño; y recordando las guerreras costumbres de los antiguos castellanos, fingen vistosos combates con torneados *palotes*, en lugar de las espadas de los gladiadores, y levantan al vencedor sobre los palos cruzados, como las gentes godas, ó subiéndose unos á los hombros de otros hacen la puente ó arco de triunfo en loor del victorioso, se plegan en marciales cuadros, ó amontonan formando castillos, que despues voltean y defienden, con peligrosos y gimnásticos saltos.

No es extraño, pues, que al baile acuda todo el pueblo, pobres y ricos, jóvenes y viejos. Fuera de la Plaza cuando hay baile no se ve un alma, y nada más entretenido que observar desde un balcon, dominándolo todo, la animada rueda que se forma en los pueblos grandes, por cientos de parejas, que saltan y dan vueltas con la más expansiva alegría todas al son que marque la *tonada*, mientras los chicos corren por el centro las *buenas-najas*, las mujeres cuentan las *pegas* que dieron á fulano, y los hombres hablan de *si arrojaban mañana*.

Cuadros como este no pueden ménos de llamar la atención. Por eso el distinguido pintor Sr. Menca, que conoce la riqueza artística que atesora la provincia de Segovia, y que tiene génio para hallarla y exhibirla, ha presentado en la última Exposicion el notable cuadro que hoy reproduce LA ILUSTRACION DE MADRID, ofreciendo la vista de un baile de rueda en Nievecilla, aldea próxima á Santa María de Nieva, rico en detalles y hermoso en su conjunto, que da una exacta idea de lo que será el baile en un día de funcion ó en las grandes romerías en los pueblos de Castilla la Vieja.

RICARDO VILLANUEVA.

EL HUÉSPED.

CUENTO FANTÁSTICO.

«Nosce te ipsum.»

I.

El hombre mejor relacionado, el que trata mayor número de personas en sociedad, el que conoce á *todo el mundo*, no se conoce á sí propio, y se enfada cuando algun amigo accede á sus ruegos y le presenta el incógnito personaje.

Parece una paradoja y es un axioma que deslumbra con su claridad: con nadie tenemos ménos confianza que con nosotros mismos.

¿Veis esa mujer de belleza escasa que, en medio del baile en que nadie repara en ella, confiesa al que tiene á su lado con tranquila sencillez en la cual no se distingue ni la huella de la resignacion, que sabe que no es bonita, que si alguno se lo llamara lo tomaria á burla? Pues esa misma mujer, al entrar en su tocador de vuelta en su casa, no se despoja del prendido sin dirigir una consulta al espejo, y no se duerme sin rectificar para sí la inoportuna, la temeraria, la injusta apreciacion que hizo ántes.

¿Veis ese mancebo, que falto de disposicion natural y de estudio, da una obra al teatro y recibe en silbidos la merecida pena de su atrevimiento? ¿Le veis pálido, descompuesto, herido profundamente por la severa leccion, exclamar delante de los que le rodean: «Lo conozco... He equivocado el camino... Yo no sirvo para esto...» ¿Os encanta su ingenuidad? Calmad vuestro entusiasmo. Habla así porque no sabe lo que dice; cuando haya trascurrido algun tiempo, cuando su cabeza esté más fria y discurre consigo mismo sobre su derrota, no

se clasificará entre los impotentes, sino entre los no comprendidos.

El más humillado por la suerte, el más escarmentado por sus torpezas, el más desatendido por todos, halla siempre dentro de sí méritos que él solo comprende, habilidades ignoradas por los demas, razones que halagan su orgullo trasformando el desden en envidia.

¡Somos tan indulgentes para con nosotros mismos!...

De cuando en cuando nos confesamos sin esfuerzo que hemos obrado mal, pero inmediatamente despues buscamos una disculpa que nos justifique á nuestros propios ojos, que haga ante ellos perdonable nuestra falta, meritoria si es posible.

Y es tan profunda, tan hábil, tan perversa la hipocresía que empleamos para con nosotros, que á su lado la empleada para con el prójimo es grosera, ridícula, torpe hasta lo infinito.

Con los demas nos atrevemos á ser cínicos algunas veces; con nosotros, nunca. Y el hombre que, por una casualidad extraordinaria, en uno de esos momentos en que el pensamiento se recoge, la conciencia interroga como un juez y el corazon responde con ingenuidad y ha faltado, el reo suele convertirse tambien en verdugo.

Si muchos suicidas pudieran corregir las pruebas del periódico que anuncia su muerte diciendo:

«X se ha suicidado. Se ignoran los motivos de tan fatal resolucion. X era jóven, rico, disfrutaba de una salud excelente, tenia una esposa que le idolatraba...»

Quizá, sin destruir ninguna de esas afirmaciones, asirian la pluma con mano temblorosa y febril, y añadirían á continuacion de lo escrito:

«Pero X habia cometido una accion villana: un rayo de luz alumbró momentáneamente su cerebro, hasta entónces en tinieblas, pensó en sí mismo, empezó á conocerse... y no pudiendo sufrirse, se levantó la tapa de los sesos»

II.

Todas las anteriores reflexiones y mil más, que no son del caso, me sugirió noches pasadas la lectura de cierta historia contenida en un viejo libro impreso en Valencia el año de 1794, y que forma parte de la curiosísima coleccion del docto bibliófilo D. Juan Egúren, á cuya amistad he debido el placer de conocerlo.

Y como para referírtelo y no para otra cosa he cogido hoy la pluma, rogándote, lector benévolo, que me perdones las impertinencias dichas, voy derecho á mi cuento, con firme propósito de no incurrir en nuevas divagaciones.

El cual, aunque no desprovisto de intencion, no há menester comentario de ninguna especie para ser entendido por persona de tan buen sentido como tú. (No me rechaces esta alabanza, con la que, más pronto ó más tarde, has de ponerte completamente de acuerdo.)

III.

Allá por los años de 1671 ó 72 (no lo declara con seguridad el autor que tengo á la vista), cuando aún conservaba la Universidad salmantina mucha parte de aquel esplendor, de aquella grandeza que llegaron á su colmo en el siglo XVI, regentaba una de sus cátedras de filosofía el benemérito licenciado D. Juan Ramírez Fajardo, con quien mis lectores, si no lo han por enojo, van á entablar trato íntimo y detenido conocimiento.

Frisaba nuestro hombre en los diez lustros de su vida, y, sin ser un mónstruo de fealdad, no tenia que agrar. decer muchos favores á la naturaleza. Esto en cuanto á sus cualidades físicas: las morales eran de más valía y merecen mayor atencion y más prolijo exámen.

Poseia un talento claro y profundo, nacido de un ingenio sutil y nutrido y desarrollado por un estudio sano, constante y reflexivo. Interpretaba con rapidez y limpieza admirables cualquier texto griego, hebreo ó latino; era un notable teólogo, y de geografía, de historia, de matemáticas, de filosofía, atesoraba cuantos conocimientos podian adquirirse en aquella época.

En esa última ciencia, para la cual su carácter observador y escudriñador era sumamente apropiado, habia llegado al fin á fijar por completo sus fuerzas intelectuales, siendo en ella una autoridad, un verdadero prodigio, acatado y reconocido lo mismo por los inteligentes que por los profanos.

De ahí provenia la consideracion de que gozaba en Salamanca, donde la nobleza y el alto clero se disputaban las ocasiones de sentarlo á su mesa; los hidalgos más orgullosos se apartaban y descubrian á su paso, dándose por bien pagados de su cortesía con la devolucion del saludo; los menestrales y trabajadores más humildes acudían á él en demanda de consejo y aclaracion de sus

dudas, considerándole, no sin razon la mayor parte de las veces, como un oráculo infalible, y sus mismos discípulos, los turbulentos y desastrados estudiantes de la Universidad, los sujetos un día y otro á su inflexible fórmula, atraídos, dominados por su elocuencia imponderable, que presentaba ante sus ojos sencillas y amenas las más áridas y confusas cuestiones metafísicas, le profesaban cariño de amigo, respeto de padre, veneracion de maestro.

Disfrutaba, pues, nuestro héroe, de esa áura popular blanda y perenne, compañera de los que deben sus adelantos al propio mérito, no á la ignorancia ajena; gloria más grande que la del poderoso ó la del guerrero, oscurecida por los vicios ó por la sangre, borrada amenudo por las lágrimas que cuesta.

Tan señalados y merecidos agasajos no habian engendrado en el corazon del buen D. Juan el deseo de triunfos más ruidosos ó de adelantamientos más positivos. Otro cualquiera, colocado en su posicion, con la conciencia de su valer, no habria sosegado hasta conseguir un empleo en la córte, hubiera revuelto cielo y tierra, como suele decirse, sin perdonar amaño ni intriga hasta el logro de su pretension, ó hubiera vivido infeliz de no haberse alzado con ella.

D. Juan ni intentó lo primero, ni, por lo tanto, tuvo que pasar por lo segundo.

Atenido á su sueldo y á lo poco que le proporcionaban algunos trabajos, más encargados que solicitados por él, y aun eso partido siempre con quien llegaba á pedirselo con algunas trazas de necesidad, vivia, con lo exclusivamente necesario para vivir, en una pequeña casa situada en la Rúa, heredada de sus padres, y que constaba de seis ó siete habitaciones repartidas entre el piso bajo y el principal.

Acompañábale una pobre mujer que le servia de criada, lo bastante fea y vieja para atar la lengua á la vecina más murmuradora, y hasta unos dos mil quinientos de sus mejores amigos, que no bajaria de ese número el de los volúmenes que en los estantes de la sala y de la cámara, en las tablas de los pasillos y en el guardillon habia almacenados.

D. Juan se levantaba con el alba; oia misa en la contigua iglesia de San Martin, despachaba su obligacion en la Universidad, comia, generalmente con algun amigo ó protector, y despues de dar un paseo, bien por el Rollo, bien por el de las Carmelitas, cuyos crecidos y sombreros álamos le convidaban á la meditacion, tornaba á su casa, se sentaba á su mesa y allí permanecia hasta la media noche, entregado á un trabajo sólo interrumpido breves instantes por su frugalísima cena.

Esta era su vida ordinaria, y apesar del poco descanso y comodidad que le ofrecia, cuantos conocieron á aquel hombre singular y le mencionan en sus escritos públicos ó privados, afirman que siempre se le vió contento de su suerte, satisfecho de sí mismo, amigo de chanzas y donaires en sus conversaciones y rarísima vez dominado por el mal humor ó por la tristeza.

IV.

¿Era, pues, un hombre perfecto el licenciado D. Juan Ramírez Fajardo? juraría que se pregunta en este momento el lector pacientísimo que ha llegado hasta aquí.

Rara vez se satisface la curiosidad sin trabajo; no desmaye el curioso lector y siga y sabrá á que atenerse.

V.

En la misma Rúa donde estaba situada la casa de nuestro filósofo y no muy lejos de ella, tenia la suya otro personaje cuya vida y costumbres eran objeto favorito de las habladurías del vulgo.

Maese Jacobo (por este nombre se le conocia), llegó á Salamanca procedente de Italia, su país natal, el año de 1653 en compañía de una mujer de sorprendente hermosura, á quien llamaba su esposa, y á quien por lo ménos triplicaba la edad; no parecia haber llegado ella á los veinte y él pasaba con seguridad de los sesenta.

Alojose por el pronto la desigual pareja en la casa de que hemos hecho mencion, y que despues pasó á ser propiedad del marido. Solia vérselos salir juntos en amor y compañía, y recorrer las calles y los paseos, siempre entretenidos, al parecer, en gustosa y animada plática.

Circunstancias eran las que dejo apuntadas capaces de despertar la curiosidad en la genta moza, nunca como en aquella época amiga de aventuras y galanteos, y la extrañeza en el pueblo, que, ignorante y poco investigador de suyo, solia considerar como extraordinario y portentoso lo que no acertaba á explicarse al primer golpe de vista.

El caso es que nunca faltaba un galan que hiciese centinela en la puerta de maese Jacobo; que apenas po-

nia éste el pié en la calle dando el brazo á su linda consorte, el centinela se hacia acompañante, hasta que, cerrada la noche, se trasformaba en rondador; y es fama que tan á gusto se encontraba con ellos el que desempeñaba estos tres oficios, que léjos de exigir paga ninguna por desempeñarlos, los defendia á capa y espada contra quien se proponia venir á ayudarle ó á relevarle en la tarea.

El hijo de un rico comerciante, mozo apuesto y bizarro, se quedó al fin por único pretendiente; sea por el respeto que sus muchos y afortunados lances imponia á sus competidores, sea por las pocas esperanzas que éstos abrigaban de rendir el ánimo de mujer que tan jóven, tan linda y tan mal maridada, no apartaba nunca los ojos del rostro de su esposo ni siquiera para ver el de los que la seguian. Decia el vulgo que sin duda el viejo era brujo y tenia hechizada á su mujer; version que podia sin duda ser cierta, y caso de serlo, capaz de dar al traste con el amor más firme, más constante y más ingenioso del mundo.

Pero el hijo del comerciante no era hombre que se desanimaba jamás. Cansado de la indiferencia de la dama y obligado á renunciar hasta al consuelo de que el viejo hiciese un sólo gesto de disgusto del cual pudiera nacer un desafío, escribió en un papel su amoroso pensamiento y se dispuso á aprovechar la primera ocasion para poner el billete en manos de la dama.

Una tarde, al anochecer, maese Jacobo introducía en la cerradura la llave del porton de su casa y su esposa permanecia detras de él; de pronto sintió entre sus dedos una carta; los abrió y la carta cayó al suelo.

Al leve ruido que produjo, volvióse maese, la miró, y despues de recogerla:

—¡Eh! ¡caballero! ¡caballero! gritó al galan, que se alejaba disimuladamente.

Éste se detuvo á la primera voz, y volviendo con más rapidez que la que empleaba para marchar:

—¿Qué quereis? preguntó con desabrimiento al italiano.

El cual, con suma dulzura, le contestó alargándole el billete.

—Únicamente, caballero, que recojais esto que, por descuido sin duda, habeis dejado caer al pasar junto á nosotros. Tomad.

Y cuando el émulo de D. Juan Tenorio quiso volver de su sorpresa y explicarse cierta sonrisa femenil y burlona cuyo eco aún resonaba en sus oidos, observó que la puerta estaba cerrada y no vió á nadie delante de sí.

Este chasco pesado acabó con el poco juicio del mancebo, y creyendo poder así borrar la mala impresion que de él conservaria su adorada, acompañado de músicos y cantadores, volvió, dadas ya las doce de la noche, á darle una serenata enfrente de sus mismísimas rejas.

Comenzado apénas el primer romance, abrióse una de ellas: latió con violencia el corazon del amante al buscar instintivamente sus ojos el gallardo rostro en que se recreaban, brilló en ellos la alegría, pero brilló como los relámpagos, sólo un momento. Junto á la dama estaba maese Jacobo, y ámbos parecian escuchar el canto con la misma complacencia y tranquilidad.

En cuanto terminó, sacó el viejo el brazo por entre los hierros de la reja; y un bolsillo bien repleto, á juzgar por el sonido que produjo al chocar en las losas, vino á caer á los piés del galan.

—Para que refresqueis, dijo el viejo, cerrando con rapidez, pero sin precipitacion, las vidrieras.

Una maldición del mancebo y una carcajada de toda su gente resonaron al mismo tiempo. Uno de la estudiantina recogió el bolsillo y se alejó con sus compañeros, mientras aquel aturdió la calle á denuestos y provocaciones dirigidas al autor de la pesada burla.

De lo ocurrido despues sólo se sabe que á la mañana siguiente encontró la primera ronda que pasó por aquel sitio el cadáver del hijo del comerciante tendido cerca de la puerta de maese Jacobo.

El suceso llamó mucho la atencion pública, y aunque la opinion general achacaba la muerte al provocado marido, éste lo negó obstinadamente, y ni el proceso judicial ni las observaciones de los médicos presentaron ninguna prueba en contrario.

En el cuerpo del difunto no se halló herida ninguna, ni el menor rastro de golpe ó violencia, y fuerza fué, apesar de los empeños del padre de la víctima, que contaba con bastantes recursos para hacerse atender por la curia, dejar libre y tranquilo al feliz dueño de la peligrosa hermosura.

Pero uno y otra disminuyeron, y al fin suspendieron por completo, sus continuas salidas, tal vez por miedo al populacho, que los insultaba y perseguia en la creencia de que con filtros ó puñales encantados sabian fin-

gir las apariencias de la muerte natural, ó por otra razon que ha permanecido escondida para nosotros.

Pasó un año y tornaron otra vez á salir juntos, si bien de muy distinta manera que las anteriores. Ella iba encerrada en un ataúd sostenido en los hombros de cuatro hombres y él la seguia andando trabajosamente, apoyado en un fuerte baston. Destacábase sobre sus negros hábitos su semblante demacrado y lívido, en el que las lágrimas parecian haber abierto, á fuerza de constancia, cáuces para correr como los rios en la tierra.

La curiosidad se encargó de aumentar el fúnebre cortejo.

Maese Jacobo volvió á entrar en su casa al cabo de dos horas; mucho tiempo pasó ántes de que nadie le viese recorrer de nuevo las calles de Salamanca.

Las ventanas del piso bajo y las del principal permanecian cerradas herméticamente, y sólo á altas horas de la noche se vislumbraba una ténue claridad á través de los cristales de un camaranchon situado en lo más elevado del edificio. Alguien velaba allí.

La voz popular aseguraba que un muchacho ágil de piernas y firme de brazos, habia descubierto el profundo misterio trepando por los hierros de las rejas.

Maese Jacobo estaba sentado en una ancha poltrona delante de una mesa, encima de la cual se veia una lámpara que despedia una luz rojiza y azulada á intervalos, un libro abierto, no menor que un misal, con las hojas llenas de signos rarísimos y figuras inexplicables, y multitud de vasijas y cacharros de todos tamaños y formas nunca vistas. Con la cabeza medio oculta entre las manos, leyó el viejo durante un gran rato; de pronto hizo un movimiento de impaciencia y arrojando el libro léjos de sí, se levantó y comenzó á dar vueltas por la habitacion agitado, y convulso.

Detúvose al cabo, y pronunciando con gran fervor palabras de lengua extraña (*pero que no sonaban como el latin*, así decia el muchacho, grande aficionado á ayudar á misa), mezcló en una sola el líquido de varias vasijas, y púsole á hervir en un hornillo. En el momento de ir á apartarlo del fuego, cuando una sonrisa de satisfaccion dilataba el contraído semblante del viejo, las manos del curioso se escurrieron desprovistas de vigor para seguir agarradas á los hierros, y como impulsado por una fuerza invisible se vió obligado á bajar por donde habia subido.

Sobrecogido y espantado, corrió á contar el caso á su madre, quien, no sin añadirle algunos comentarios, lo refirió á todos sus vecinos y conocidos, y oida su autorizada opinion, convinieron unánimemente en que maese Jacobo era brujo; y sin duda para volver la vida á su difunta esposa, cuyo espíritu le habia robado el hijo del comerciante, asesinado por él, se dedicaba á semejante profesion.

Tanto dió que hablar en Salamanca lo que el muchacho juraba y perjuraba haber visto á todos los que querian oírle, que los rumores y las interpretaciones del caso llegaron á conocimiento del obispo, quien, excitado por la mayoría del clero, se propuso averiguar la verdad de los hechos, y al efecto comisionó á su amigo el licenciado Fajardo para visitar á maese Jacobo y enterarse con maña de lo que hubiera en el particular.

El resultado de la entrevista fué dar testimonio el licenciado de que maese no se dedicaba á hacer otra cosa que experimentos químicos, sin ofensa de la santa religion católica, y quedar desde entonces muy amigos el químico y el filósofo.

VI.

Estrecháronse más cada dia los lazos de aquella amistad, multiplicáronse las visitas, ya por el sólo gusto de verse y hablarse, en lo que ámbos encontraron un placer primero y una necesidad despues.

Agradábase á maese Jacobo la vasta instruccion, el juicio exactísimo de Fajardo, y á éste la conversacion animada, pintoresca, ingeniosa de aquel. La mayor parte de las tardes salian juntos y recorrian los alrededores del pueblo, entablado por el camino alguna discusion en que ninguno de los dos dejaba de aprender algo nunca.

El talento tiene tambien su comercio; comercio noble y generoso sin el cual vive pobre y miserable.

(Se concluirá.)

CÁRLOS COELLO.

DESCRIPCION DEL FIGURIN DE MODAS.

Saya de foulard liso lila, guarnecida con un ancho volante cortado al biés, hecho de foulard lila á rayas, el cual debe tener 50 centímetros de ancho. Encima de

este volante fruncido va otro estrecho (de 10 centímetros), tambien de foulard lila y festoneado el canto con pequeñas ondas. La segunda falda se guarnece igualmente con un volante rayado, cortado al biés, de 10 centímetros de ancho, y como la saya; lleva otro encima festoneado de cinco centímetros de ancho, y con sus correspondientes bieses para fijarlo, si bien más estrechos que los de dicha falda. El cuerpo se hace con faldetas (lleva chaleco de foulard liso), y no tiene más guarnicion que un volante festoneado.

Saya de color castaña guarnecida con un ancho biés colocado á 20 centímetros de distancia del borde inferior. En cada lado de este biés se ponen dos rizados de la misma tela. Segunda falda de crespon Osaka crudo, rodeada por un biés castaña y un fleco del mismo tono que el crespon. Cuerpo con aldetas del referido crespon guarnecido como la falda y abierto en cuadro; debajo un fichú de muselina plegada.

E. G. DE A.

MODAS.

Las más hermosas flores de las que esmaltan los campos, se reproducen en los campos de la industria: para convenceros de esta verdad, pasad, lectoras mias, por las calles del Cármen y de Espoz y Mina, y vereis en primer término, en preferente lugar, las telas sembradas de rosas, de violetas, de camelias, de lilas y de esas campanillas de gracia tan fresca y sencilla que brotan de las flexibles ramas de la yedra.

Los fondos sobre que cae esta lluvia de flores son negros y blancos en su mayor parte, y tambien grises, verdes y crudos: estas telas traen á la memoria los brocados del tiempo de la Pompadour, tan felices para el lujo, tan espléndidos para el arte, tan caros para todas las fortunas.

El arte debe mucho á la bella marquesa: ella dió no pocos dibujos para los espléndidos muebles, en los cuales la encina y el ébano se convertian en guirnaldas de indescribible primor, y en molduras esquisitas: la habilidad de pintarse las damas, ella la llevó al más alto grado de perfeccion, y el agrandarse los ojos con las rayas negras—de que hoy se abusa tanto—la colocacion de los lunares, la delicada distribucion del blanco y del carmin, son obras de su ingenio y de su extremado afán de parecer hermosa.

Es de esperar, pues, que con los trajes esmaltados de flores vengan los cabellos empolvados de blanco y se generalicen más aún los trajes abiertos sobre un delantal, que ya se llevan hoy para baile, y aun para comida de alguna etiqueta.

* * *

La aparicion de las telas fuertes y floreadas hace prever que los volantes van á caer, y que su reinado, tan largo y sostenido, toca ya á su fin: lo mismo se puede decir respecto de la segunda falda: los tejidos de ahora no se prestan en manera alguna á las pasadas combinaciones, y es casi seguro el que la moda va á entrar en una fase completamente distinta de la que ha tenido hasta el dia.

En efecto. ¿Cómo guarnecer de volantes las telas fuertes de seda, sembradas de ramos? ¿Cómo llevar tampoco segundas faldas con estos tejidos pesados? Las faldas lisas es lo primero que se ve en perspectiva.

¿Pero serán cortas ó largas?

Este es otro dilema que tampoco se ha resuelto todavía.

La lucha entre el traje de cola y el que sólo toca al suelo sigue cada dia más empeñada: convencidas las señoras de lo incómodo que es el largo para andar por las calles, se resisten á dejarlo tratándose de salidas de dia, y sólo usan los largos para baile, concierto y comidas de etiqueta, demostrando en esto un buen sentido notable: sin embargo, el traje corto sin doble falda parece imposible, y al fin, no se sabe cuál de los dos estilos vencerá.

Se hacen los vestidos para salidas de confianza, de merino de colores medios, de foulard y de raso de lana; y los trajes de vestir, de gros, faya y crespon de China, tejido de lana y seda muy elegante.

Como una mujer que va á morir se engalana con todas sus gracias el último dia de su vida para dejar lo más bello posible su recuerdo en el alma del que ama, así los volantes en su agonía ostentan todas sus bellezas: ya se colocan de gran anchura, coronados con una fila de conchas, de la misma tela ó de encaje; ya se ven con los bordes ondeados y orillados de raso; ya pues-



FIGURIN DE MODAS.

tos en grandes arcadas, sostenidas con lazos: ya, en fin, muy pequeños, y en gran profusion.

Emmeline Raymond, la más inteligente y poética de todas las cronistas de la moda, me escribe desde París que allí las rayas y los lunares es lo que impera casi en absoluto: los segundos se ven de todos tamaños, desde el polvo impalpable, hasta el tamaño de una peseta: lo mismo sucede con las rayas: las hay tan diminutas que sólo ocupan dos hilos, hasta una cuarta de anchura.

Una de las mejores modistas de Madrid, á la que consulté yo hace dos ó tres días acerca de un traje de primavera, me dijo que los más elegantes son los de foulard ó tafetan de un color medio, sembrados de ramitos pequeños: el guarnecido se compone de volantes de tela lisa del color del fondo, pero orillados con una tira del color de los ramos: dichos volantes se ponen casi del todo planos, para cuyo fin, en vez de fruncirlos, se les hace un pliegue de vez en cuando, pero muy pequeño y muy poco profundo.

En los de telas lisas, como el grés de un solo color, los flecos para trajes de día y los encajes blancos ó ne-

gros para los de noche, son los adornos más aceptados: estos encajes se disponen en combinacion con tiras de raso ó con plegados de lo mismo, y cuando son anchos se sujetan con ramos de flores.

Estas disfrutaban tambien de gran favor para el tocado: las de los campos son las preferidas, y se enlazan entre los bucles medio deshechos de que se compone el peinado, ramas de acianos, de amapolas salvajes, de margaritas de los prados, y hasta esas graciosas y flexibles ramas verdes que nacen á la orilla de los caminos, y que tienen la gracia suprema que la naturaleza presta á todo lo que es agreste.

He visto hace pocas noches á una linda niña rubia, ataviada con un traje de crespon blanco, adornado solamente con una guirnalda de yerbas silvestres, que era una maravilla de gracia y de sencillez: otra guirnalda igual ceñía los cabellos, que como pesadas cadenas de oro se enlazaban en su cabeza, y todo aquel verdor estaba salpicado de esas florecitas diminutas cuyo nombre saben sólo las mariposas que vuelan por la pradera y van á besar su cáliz.

Muchos trajes habia de un lujo deslumbrador; pero ninguno llamó la atencion como el de aquella bella niña: era modesto y tan sencillo como convenia á sus

diez y siete años; pero de un gusto delicado y completamente artístico.

Iba á hablaros hoy de sombreros y peinados; pero unos y otros están tan próximos á cambiar de forma casi totalmente, que lo dejo para mi próxima revista.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.	Medio año.	85 »
Medio año.	42 »	Un año.	160 »
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.	30 »	Un año.	240 »
Seis meses.	56 »	Cada número suelto	
Un año.	100 »	en Madrid.	4 »